

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

El imperialismo y la economía política mundial hoy [Imperialism and global political economy today]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Callinicos, Alex
Publisher	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-21 06:36:14
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154665

El imperialismo y la economía política mundial hoy

Alex Callinicos

Resumen

Alex Callinicos vuelve sobre el concepto del imperialismo a la luz de la crisis actual del capitalismo y en el contexto de la arquitectura financiera mundial vigente. Señala analogías y diferencias con el nacimiento del imperialismo británico en el siglo XIX, el papel de Alemania y el proceso que llevó durante la pasada centuria a la hegemonía de los Estados Unidos. Focaliza en su trabajo la especificidad del imperialismo estadounidense, que se conforma al finalizar la Guerra Fría y los nuevos actores de la geopolítica mundial en los albores del siglo XXI y sus relaciones complementarias y/o competitivas. Entre ellos, el presente y el futuro de las relaciones Estados Unidos-China.

Abstract

Alex Callinicos returns to the concept of Imperialism in view of the current capitalism crisis and in the context of the current global financial architecture. He indicates analogies and differences with the beginning of the British imperialism in the 19th century, the role of Germany and the process that led, during the last century, to the hegemony of the United States. He focuses on the specificity of the American imperialism, which is formed upon finishing the Cold War and the new actors of the global geopolitics of the early 21st century and its complementary and/or competitive relations, between them the present and the future of the USA-China relations.

CvE

Año III
Nº 5
Primer
Semestre
2011

Alex Callinicos

Doctor por la Universidad de Oxford.
Profesor de Ciencias Políticas en la
Universidad de York y director del Centro
de Estudios Europeos del King's College
de Londres.

*PhD by Oxford University. Professor of
Political Science at the University of York
and director of the European Studies
Centre at King's College, London.*

Palabras clave

1| Imperialismo 2| Tasa de ganancia 3| Desarrollo desigual 4| Geopolítica
5| Hegemonía 6| Globalización

Keywords

1| Imperialism 2| Rate of profit 3| Uneven development 4| Geopolitics 5| Hegemony
6| Globalization

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

CALLINICOS, Alex. El imperialismo y la economía política mundial hoy. *Crítica y
Emancipación*, (5): 111-166, primer semestre de 2011.

El imperialismo y la economía política mundial hoy¹

CyE
Año III
Nº 5
Primer
Semestre
2011

La especificidad del imperialismo estadounidense

Robert Wade sugirió el siguiente experimento mental:

Suponga que usted es un aspirante a emperador romano en el mundo de hoy, de Estados soberanos, mercados internacionales y economías capitalistas.

Para no tener que desplegar frecuentemente su peso militar necesitará actuar mediante la hegemonía en lugar de la coerción, y los demás deberán pensar que su predominio es el resultado natural de arreglos institucionales, fundados en el sentido común, que son justos y equitativos. Si Usted –un actor unitario– pudiera crear resueltamente un marco internacional de normas de mercado para promover sus intereses, ¿qué tipo de sistema crearía? (2003: 77).

Wade imagina una “arquitectura financiera internacional” que no implica al patrón oro, actuando en su lugar la moneda de la potencia hegemónica como la principal moneda de reserva internacional, sus mercados financieros “dominantes en las finanzas internacionales” y “un solo capital privado integrado al mercado mundial”, sin barreras de entrada o de salida, y todo bajo la supervisión de “una flotilla de organizaciones internacionales que se parecen a las cooperativas de los Estados miembro y que otorgan la legitimidad del multilateralismo, pero a las que Usted (es decir, la potencia hegemónica) puede controlar mediante el establecimiento de normas y el bloqueo de los efectos que no le gusten”, y defendido por “un gran ejército, a fin de poder respaldar su hegemonía con coerción”. La arquitectura financiera mundial le permite financiar una fuerza militar abrumadora y “barata”. El resultado es el siguiente:

|||||

1 El presente texto forma parte del libro *Imperialism and global political economy* (Cambridge, UK: Polity Press, 2009). Traducción de Eugenia Cervio.

Esta arquitectura económica internacional le permite a su pueblo consumir mucho más de lo que produce, permite a sus empresas y sus capitales entrar y salir, rápidamente, de otros mercados, maximizando los rendimientos a corto plazo; cierra los flujos netos de las rentas de tecnología del resto del mundo por décadas y, por lo tanto, aumenta los incentivos para innovar de sus empresas y por medio de las fuerzas del mercado, aparentemente libres de poder político, refuerza su dominio geopolítico en otros Estados. Mejor aún si sus científicos sociales le explican al público que un proceso de globalización desestructurado y sin agentes —el implacable cambio tecnológico que reduce tiempo y distancias— está detrás de todo esto, causando que todos los Estados, incluido el suyo, pierdan poder *vis á vis* mercados. Usted no quiere que los demás piensen que la globalización, dentro del marco que ha construido, aumenta su capacidad de tener tanto un gran ejército como un próspero sector civil, mientras disminuye la de todos los demás (Wade, 2003: 78, 80-82).

Este experimento mental se ajusta, por supuesto, a la hegemonía estadounidense contemporánea como un guante. La debilidad del bosquejo un tanto irónico de Wade es que tal vez basa demasiado la “arquitectura económica internacional actual” en el concreto de la necesidad histórica. Por lo tanto, durante la era de Bretton Woods en los años cincuenta y sesenta, cuando podría decirse que la preeminencia de los Estados Unidos en el mundo capitalista avanzado era mayor económica y geopolíticamente de lo que es hoy, el dólar estaba aún respaldado por el oro; la hegemonía británica decimonónica también implicó la generalización del patrón oro. Por otra parte, como Wade reconoce, el papel del dólar como principal moneda de reserva internacional es una espada de doble filo². Sin embargo, tiene razón al insistir que las estructuras y las instituciones contemporáneas transnacionales trabajan para aventajar específicamente al capitalismo estadounidense. Recordemos la pregunta de Brenner:

¿Por qué, en relación con el mundo capitalista avanzado, la expansión imperialista, que condujo a la rivalidad interimperialista que llevó a la guerra que prevaleció antes de 1945, no lo consiguió después? ¿Por qué, con respecto a Europa, Japón y, de hecho, gran parte de Asia Oriental, la hegemonía estadounidense durante gran parte del período de la posguerra no pudo tener

|||||

una forma imperialista –en el sentido que Harvey otorga a la palabra–, es decir, la aplicación del poder político para consolidar, exacerban, y hacer permanente la ventaja económica ya existente? (2006b: 90).

CyE
Año III
Nº 5
Primer
Semestre
2011

Responder a estas preguntas implica considerar los intereses de Estados Unidos y los demás países capitalistas avanzados. En el caso de Estados Unidos, la respuesta, en un sentido general, es que la estructura específica y el peso mundial del capitalismo estadounidense le dio la capacidad de dominar y conducir a los principales Estados capitalistas sin construir un imperio territorial tradicional: el imperialismo no

La estructura específica y el peso mundial del capitalismo estadounidense le dio la capacidad de dominar y conducir a los principales Estados capitalistas sin construir un imperio territorial tradicional.

territorial de Puerta Abierta fue más adecuado a los intereses de Estados Unidos. Pero la manera en que Brenner plantea la cuestión implica que la hegemonía estadounidense no ha funcionado para servir a los intereses de los capitales de Estados Unidos en oposición a aquellos capitales basados en economías avanzadas. En un artículo inédito sostiene que la hegemonía de Estados Unidos operó para institucionalizar las condiciones generales favorables para *todos* los capitales, estadounidenses y extranjeros (Brenner, 2007b). Simon Bromley, al argumentar acerca de la relación entre la invasión de Irak y la estrategia estadounidense del petróleo, sostiene la misma línea:

La forma de control que Estados Unidos está buscando delinear ahora [en Irak] es la que está abierta al capital, *commodities* e intercambio entre muchos Estados y empresas. No puede ser vista (¿todavía?) como una estrategia exclusiva económicamente, como parte de una forma depredadora de la hegemonía. Por el contrario, Estados Unidos utilizó su poder militar para diseñar un orden geopolítico que sirva de fundamento político para su modelo preferido de economía mundial: esto es, un orden internacional liberal cada vez más abierto. La política de Estados Unidos apuntó a la creación de una industria del petróleo internacional abierta, en la cual los mercados, dominados por

las grandes empresas multinacionales, asignan capital y materias primas. El poder del Estado de Estados Unidos se despliega, no sólo para proteger los intereses particulares de las necesidades de consumo y empresas de Estados Unidos, sino para crear las precondiciones generales de un mercado mundial petrolero, confiado en la expectativa que, como la economía líder, será capaz de satisfacer todas sus necesidades por medio del intercambio comercial (Bromley, 2005: 253-254).

Es importante distinguir aquí tres puntos diferentes. En primer lugar, como ya argumenté, los Estados Unidos practican una forma de imperialismo no territorial, basado en la regla básica de que un orden liberal internacional abierto beneficiará, por lo general, a los capitales asentados en Estados Unidos. En segundo lugar, para que esta hegemonía funcione de manera, en general, estable tendría que, en todo caso, asegurar beneficios significativos para otros Estados capitalistas. Pero, en tercer lugar, no se evidencia en lo más mínimo que las instituciones que Estados Unidos construye, y las políticas que lleva a cabo, sean neutrales con respecto a los intereses de los capitales asentados en su territorio y los asentados en otros Estados. Desde una perspectiva liberal internacionalista, John Ikenberry sostiene que en los dos momentos históricos en que el poder relativo de Estados Unidos fue mayor, luego de 1945 y al final de la Guerra Fría, este país renunció temporariamente a las ventajas e hizo importantes concesiones a otros Estados con el fin de institucionalizar un “orden constitucional” internacional que maximizaría los intereses a largo plazo de todos los Estados. Ikenberry señala: “Ordenes estables son aquellos en los cuales el reembolso al poder es relativamente bajo y, a las instituciones, relativamente alto. Estas son, precisamente, las circunstancias que caracterizan los ordenes constitucionales más desarrollados” (2001: 255).

Pero este argumento no explica suficientemente la cuestión de cómo son distribuidos “los reembolsos a las instituciones”. Consideraremos dos casos que resultaron caros para Estados Unidos en relación con otros Estados. El primero se refiere a la arquitectura financiera internacional, que Wade alega que opera en interés del capitalismo estadounidense. Peter Gowan sostiene, también, que los Estados Unidos aprovecharon la inestabilidad financiera de los años setenta y ochenta, particularmente después del “shock Volcker” de octubre de 1979, cuando Paul Volcker, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, elevó sensiblemente las tasas de interés, imponiendo una dura disciplina monetaria a las economías de Estados Unidos y el mundo, para construir lo que él llama el régimen del dólar de “Wall Street”,

en torno a un dólar que, si bien ahora es una moneda puramente fiduciaria sin respaldo del patrón oro, permaneció como el eje central del sistema financiero internacional, ventaja que Washington utilizó para promover en todo el mundo las políticas neoliberales favorables a los intereses de los bancos de inversión estadounidenses y corporaciones transnacionales (Gowan, 1999)³. De este modo, el gobierno de Clinton provocó profundas tensiones con Gran Bretaña y Alemania, en particular, cuando respondió a la crisis financiera mexicana de 1994-1995 presionando al Grupo de los Siete para que lidere a los países industriales en la creación de un paquete de rescate que benefició principalmente a los inversionistas estadounidenses. Notoriamente, la misma administración durante la crisis de Asia del Este de 1997-1998 bloqueó la propuesta japonesa de un Fondo Monetario Asiático, que habría limitado la capacidad del Fondo Monetario Internacional (FMI) para gestionar la crisis, y conjuntamente con el FMI impulsó, en los gobiernos de Asia, políticas de liberalización económica diseñadas tanto para debilitar el denominado “capitalismo de amigos” (con estrechos vínculos entre el Estado, los bancos y las corporaciones privadas, distintivos del modelo económico de Asia del Este) como para volver a las economías afectadas más permeables al capital estadounidense. En su análisis de esta crisis, Robert Wade y Frank Veneroso (1998) describen al complejo “Wall Street-Tesoro de Estados Unidos-FMI” con el fin de resaltar el nexo que une a las instituciones financieras internacionales con los intereses específicamente estadounidenses.

Un segundo ejemplo importante, que también data de la administración Clinton, consiste en la expansión primero de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y, luego, de la Unión Europea (UE) en Europa Oriental y Central. Esta política representa una violación del acuerdo alcanzado entre Mijail Gorbachov, el último presidente soviético, el canciller alemán Helmut Kohl y James Baker, el secretario de Estado de Estados Unidos, durante las negociaciones en 1990-1991 que permitieron a Alemania unificada permanecer en la OTAN a cambio de la seguridad de que, en palabras de Baker, “no habrá extensión de la jurisdicción actual de la OTAN hacia el Este”⁴. La idea, detrás de la violación de esta promesa por el gobierno de Clinton,

3 Ver también Parboni (1981: Cap. 1).

4 Hubo un debate considerable entre los participantes sobre si esa promesa fue parte del acuerdo final en la unificación alemana; ver Gordon (1997). Pero la historia estadounidense semioficial de las negociaciones clarifica que fue un trago amargo para Gorbachov y su equipo que incluso los miembros de la República Federal incorporaran a Alemania del Este a la OTAN. Ver Zelikow y Rice (1997).

fue expresada muy claramente por Zbigniew Brzezinski, el principal pensador geoestratégico del Partido Demócrata. Brzezinski argumenta que la UE es “el puente eurasiático del poder estadounidense y un trampolín en potencia para la expansión del sistema democrático mundial en Eurasia”.

La ampliación de la OTAN y la UE hacia Europa Central y Oriental extendería, en consecuencia, el poder estadounidense: “Si la Unión Europea se convierte en una comunidad geográficamente más grande [...] y si Europa basa su seguridad en una alianza continua con los Estados Unidos, entonces se deduce que Europa Central, su sector geopolíticamente más expuesto, no puede ser excluido de compartir el sentido de seguridad que el resto de Europa goza mediante la ‘alianza transatlántica’” (Brzezinski, 1998: 74-79). Stephen Cohen describió la “verdadera política de Estados Unidos” hacia Rusia “como la explotación implacable, al estilo de *el ganador se lo lleva todo*, de la debilidad rusa pos 1991”, que incluye el “cerco militar creciente de las bases de Estados Unidos y la OTAN a Rusia, en y cerca de sus fronteras –que ya están instaladas o en vías de–, en por lo menos la mitad de las otras 14 repúblicas de la ex Unión Soviética, desde el Báltico y Ucrania hasta Georgia, Azerbaiyán y los nuevos Estados de Asia Central. El resultado es una cortina de hierro inversa construida por Estados Unidos y la remilitarización de las relaciones ruso-estadounidenses”, que a su vez provocó una política exterior de Moscú más asertiva con Vladimir Putin (Cohen, 2006)⁵. Los peligros de la estrategia de Washington fueron ampliamente demostrados por la guerra que estalló entre Rusia y Georgia en agosto de 2008, tras el intento del ejército georgiano, equipado y entrenado por los Estados Unidos e Israel, por capturar el enclave de Osetia del Sur protegido por Moscú.

Los ejemplos de las crisis mexicana y de Asia del Este, y de la expansión de la OTAN son particularmente reveladores ya que se produjeron durante la administración Clinton, que es elogiada frecuentemente por los comentaristas por promover un enfoque multi-lateral al cual, posterior y desastrosamente, se renunció con George W. Bush. Pero incluso si estos ejemplos muestran cómo la construcción institucional de los Estados Unidos sirvió específicamente a los intereses nacionales estadounidenses, no refieren a la segunda dimensión que sugerí que se requiere como respuesta a la pregunta de Brenner, a saber, los intereses de los demás Estados capitalistas avanzados. El hecho de que estos Estados continúen participando en

|||||

las instituciones financieras internacionales (en el caso de los Estados líderes, en Europa) y en la OTAN, a pesar de la pruebas de la explotación estadounidense de estas instituciones para su propio beneficio económico-político, sugiere *prima facie* que, en consecuencia, es su interés hacerlo. Observaré más detenidamente esta cuestión y el impacto geopolítico del cambio de la distribución del poder económico mundial en la siguiente sección. Pero, para obtener una perspectiva histórica mayor, puede ser útil saber lo que es distintivo del imperialismo estadounidense, a partir de las afinidades y diferencias con respecto a su predecesor británico.

El impacto combinado del crecimiento lento continuado en la base del sistema y de una distribución mundial de desplazamiento del poder económico es susceptible de crear presiones centrífugas significativas sobre los principales bloques del capital que, nunca debe ser olvidado, están en competencia unos con otros.

Empecemos con las afinidades.

Primero y principal es el imperialismo del libre comercio: los Estados Unidos han generalizado la estrategia del imperio informal propulsada por Gran Bretaña en el siglo XIX. Debe enfatizarse, sin embargo, que la defensa de Estados Unidos del libre comercio fue siempre muy asimétrica, más aún sobre la apertura de mercados de otros países que no sean los suyos. En agosto de 1949, durante una disputa sobre el comercio con el gobierno laborista británico, la embajada de Estados Unidos en Londres admitió, con palabras que siguen siendo ciertas aún hoy: “La pura honestidad intelectual nos obliga a decir que Estados Unidos favorece el multilateralismo y la no discriminación en los ámbitos en los que estamos en una posición competitiva fuerte, pero recurrimos a subsidios, proteccionismo y discriminación en aquellos ámbitos donde somos competitivamente débiles” (citado en Borden, 1984: 240).

Por otra parte, la hegemonía británica y la estadounidense dependió, en gran medida, del control del sistema financiero internacional: de hecho, Giovanni Arrighi sostiene que la *financiarización* es un síntoma de la *crisis* hegemónica, es decir, como resultado de la caída de la inversión en la industria y el comercio, el capital *tiende* a volver a formas más flexibles de inversión –sobre todo, a su forma dineraria (Arrighi, 1994: 5)–. Esto no parece ser válido como una generalización histórica:

Gran Bretaña reaccionó a su crisis de hegemonía, exacerbada por el declive mundial en los treinta, abandonando el patrón oro y buscando construir un bloque proteccionista de la libra esterlina, que gravemente *restringió* el alcance de la *City* de Londres, y ayudó a crear las condiciones para ser finalmente suplantada por Wall Street. La última reorientación del capitalismo británico hacia la *City*, que ahora rivaliza con Wall Street como el centro más importante del mundo financiero, es, en efecto, una respuesta al declive económico relativo, pero es muy posterior al fin de la hegemonía de Londres. El argumento de Arrighi de que “la contrarrevolución neoliberal Reagan-Thatcher [...] no sólo fue una respuesta a la crisis irresuelta de la rentabilidad sino además –y especialmente– una respuesta a la profundización de la crisis de hegemonía [de Estados Unidos]”, en particular al “competir agresivamente por el capital en todo el mundo –a través de tasas de interés de niveles récord, exenciones fiscales, aumento de la libertad de acción para los productores capitalistas y especuladores y, en la medida en que los beneficios de las nuevas políticas se materializaron, una apreciación del dólar– que provocó el desvío masivo de flujos de capital hacia los Estados Unidos”, tiene más a su favor, pero debe ser tratada como una interpretación histórica específica más que como un ejemplo que corrobora una teoría cíclica de la declinación hegemónica (Arrighi, 2007: 133-160)⁶.

Tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos se basaron intensamente en sus capacidades navales y aéreas, apoyadas por una infraestructura mundial de bases más que en el poder militar terrestre; dichas bases indican que incluso un imperialismo no territorial requiere una extensión territorial mínima que le permita proyectar su poder a nivel mundial. La Royal Navy entretejió el imperio británico, formal e informal, disperso. La relativa debilidad de Gran Bretaña como poder de extensión terrestre limita su hegemonía; en su apogeo, a mediados del siglo XIX, los poderes que Palmerston encontraba más difíciles de controlar eran aquellos geográficamente aislados como para no ser particularmente vulnerables al ataque naval, sobre todo, Prusia y Rusia. El desarrollo del poder aéreo durante la Primera Guerra

6 Arrighi destaca correctamente que una diferencia importante entre la Gran Depresión de finales del siglo XIX y “el largo descenso” cien años después fue que, en el primer caso, el patrón oro surgió fortalecido, introduciendo una tendencia deflacionaria que puede haber fomentado la difusión de las políticas proteccionistas, mientras que en el segundo caso, el colapso del patrón cambiario del dólar en el inicio de la década del setenta ayudó a producir el distintivo patrón de estancamiento (desempleo elevado y creciente e inflación) (Arrighi, 2007: 116-20). Pero este autor no tiene en cuenta la combinación específica del abandono del patrón del oro y la opción por la preferencia imperial que dio forma a la política económica británica entre las décadas del treinta y el cuarenta.

Mundial fue entendido por los políticos británicos como una forma de controlar los territorios recién adquiridos, tales como Irak, como dijo Winston Churchill, sin “devorar tropas y dinero” (citado en Fromkin, 1991: 500). La importancia de la India para el Imperio Británico no sólo era económica; Lord Salisbury la llamó “un cuartel inglés en los mares orientales del que podemos sacar cualquier número de tropas sin pagar por ellas” (citado en Arrighi, 2007: 136). El ejército de la India aumentó de forma significativa las capacidades militares británicas en numerosas campañas coloniales, así como también en las dos guerras mundiales. La Segunda Guerra Mundial marcó el surgimiento definitivo de los Estados Unidos como una potencia importante de extensión territorial, posición que mantiene hasta hoy. Pero esta diferencia con el caso británico no debe ser exagerada. La ofensiva alemana de julio de 1918, que se convirtió en una exitosa contraofensiva aliada y el colapso de las potencias centrales, tenía la intención de lograr la victoria al adelantarse a la movilización estadounidense que recién se estaba armando. Durante la planificación de la entrada de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial, Franklin Roosevelt y el jefe de Estado Mayor del ejército, el general George C. Marshall, decidieron limitar el ejército norteamericano a 90 divisiones, en lugar de las 215 estimadas necesarias, para la derrota de Alemania y Japón. Averell Harriman, consejero principal de Roosevelt, explicó: “Creo que tenía en mente que si el gran ejército de Rusia podría enfrentarse a los alemanes, esto podría hacer posible que nosotros limitáramos nuestra participación esencialmente al poder aeronaval” (citado en Gaddis, 1982: 7). Al final, por supuesto, una fuerza expedicionaria masiva dominada por Estados Unidos fue necesaria para reconquistar Europa Occidental, pero en realidad fue el Ejército Rojo el que llevó el peso de la destrucción del poder militar alemán.

Cuadro 1

Gastos de Defensa de las 15 economías principales, 2006 (calificados según PIB en valores de 2007)

País	Gastos de Defensa (en millones de dólares de Estados Unidos)	Porcentaje del PIB
Estados Unidos	535.943	4,05
Japón	41.144	0,90
Alemania	37.775	1,30
China	121.872	1,30*
Reino Unido	55.444	2,30
Francia	54.003	2,40

Cuadro 1 (cont.)

País	Gastos de Defensa (en millones de dólares de Estados Unidos)	Porcentaje del PIB
Italia	30.635	1,70
España	14.415	1,20
Canadá	14.958	1,20
Brasil	16.206	1,50
Rusia	70.000	4,11
India	22.428	2,50
Corea del Sur	24.645	2,80
Australia	17.208	2,40
México	3.229	0,40

Fuente: Elaboración con base en datos del balance militar de 2008 del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos⁷.

* El gasto de Defensa incluye estimaciones del PPP y los gastos extrapresupuestarios. El PIB se refiere sólo al presupuesto oficial convertido a tasas oficiales.

Las guerras territoriales posteriores no han sido un récord brillante de éxito para el Pentágono: la guerra de Corea terminó en un punto muerto; Vietnam fue una derrota, Irak fue abrumado en 1991 por una coalición muy amplia que luchó contra un enemigo muy inferior que cometió el error de tratar de librar una guerra territorial convencional para la que el Pentágono se había estado preparando desde 1950; la resistencia iraquí no repitió el error de Saddam Hussein desde la invasión de marzo de 2003. La capacidad aeronaval inigualable de Washington sigue siendo su forma preferida de proyección de poder. Evidentemente, como muestra el Cuadro 1, Estados Unidos goza hoy de una supremacía militar sin precedentes, pero la guerra de Irak pone de relieve los límites a las que, incluso, esta supremacía está sujeta.

Sin embargo, hay diferencias importantes entre la hegemonía británica y la estadounidense.

En primer lugar, se basaban en diferentes estructuras económicas: en el caso británico, una red transnacional descentralizada de empresas relativamente pequeñas; en el estadounidense, una economía continental le permite a las grandes empresas, burocráticamente administradas, aplicar economías de escala de producción masiva. La

7 Ver la discusión de los cálculos de la paridad del poder adquisitivo (*purchasing power parity*, PPP), en el apartado “Una redistribución del poder económico mundial”, pág 137. La justificación del uso de PPP, en lugar de índices del mercado cambiario para los gastos de defensa de China y Rusia, es dar una medida más precisa de los recursos que estos Estados destinan a las milicias.

estructura de este último sigue siendo importante hoy en día: a pesar de la intensificación de la competencia internacional y la relativa disminución de la participación de los Estados Unidos en la producción industrial mundial, las empresas transnacionales y los bancos estadounidenses disfrutaron las ventajas de su gran mercado interno. Esta fortaleza puede contribuir a explicar la posición altamente competitiva que mantienen las empresas estadounidenses en industrias de alta tecnología y en servicios.

En segundo lugar, Gran Bretaña y los Estados Unidos tuvieron relaciones muy diferentes con los demás Estados capitalistas avan-

Al final, por supuesto, una fuerza expedicionaria masiva dominada por Estados Unidos fue necesaria para reconquistar Europa Occidental, pero en realidad fue el Ejército Rojo el que llevó el peso de la destrucción del poder militar alemán.

zados. Su emergencia como el primer capitalismo industrial a fines del siglo XVIII le permitió a Gran Bretaña obtener una ventaja como productor de bajo costo que (reforzada por el ejercicio del poder militar en la conquista de la India y la apertura de China) la facultó para eclipsar a la competencia de las industrias artesanales; y su hegemonía a partir de 1815 implicó que se relacionara principalmente con las monarquías del *ancien régime* que aún descansaban sobre una base económica en gran medida precapitalista. Fue la difusión acelerada de la industrialización capitalista, a través del Canal de Suez y del Atlántico en la segunda mitad del siglo XIX, lo que inauguró el proceso de decadencia británica, al enfrentar la competencia de las industrias artesanales con las mismas (o más avanzadas) técnicas productivas y formas organizativas que las propias (Anderson, 1987: 71-73). Estados Unidos, por el contrario, fue el más importante de estos rivales y, en consecuencia, siempre tuvo que operar en un entorno constituido por otros Estados capitalistas avanzados cuyas industrias han llegado a representar un desafío competitivo creciente. Por ende, la gestión del mundo capitalista avanzado en su conjunto ha sido una prioridad clave de la hegemonía estadounidense.

Esto contribuye a explicar otra característica distintiva de la hegemonía de Estados Unidos, a saber, el papel específico desempeñado por las instituciones internacionales.

La creación de las Naciones Unidas fue en gran medida un proyecto estadounidense, que refleja los planes de Roosevelt de un condominio mundial de “cuatro policías” (Estados Unidos, URSS, Gran Bretaña y China) liderado por Estados Unidos, como fue el establecimiento de las instituciones de Bretton Woods⁸. Estos, al igual que la proliferación posterior de otras instituciones —la OTAN, las agrupaciones regionales como la UE y el Foro de Cooperación Económica de Asia y el Pacífico (Asia-Pacific Economic Cooperation Forum, APEC) en los cuales Estados Unidos reclama tanto patrocinio como membresía, el G7, el FMI, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio— tienen la función común de ayudar a Washington a agrupar a los principales Estados capitalistas bajo su liderazgo. Esto no significa que estas instituciones sean simplemente instrumentos de dominación estadounidense; su buen funcionamiento depende en parte de su eficacia para proveer contextos en los cuales los conflictos pueden ser articulados y los compromisos alcanzados. Sin embargo, Barry Buzan está en lo cierto cuando señala: “Estados Unidos no es una superpotencia sólo por su capacidad material, sino debido a su dominación institucionalizada sobre la UE y Japón. Si Estados Unidos perdiera sus posiciones institucionales en Europa y Asia del Este, su mera capacidad material no sostendría su estatus de superpotencia” (2004: 136). El siglo XIX en su postrimería vio un crecimiento de las instituciones internacionales que desempeñaron un papel regulador en un mundo cada vez más integrado económicamente, pero fueron marginales desde el punto de vista de la hegemonía británica. El proyecto de la Federación Imperial promovido durante el siglo XX, en parte por unionistas como Leo Amery que pretendían fortalecer a Gran Bretaña en contraposición a sus rivales, se hundió en divergencias de intereses cada vez mayores entre la metrópoli y sus colonias (que ganaron independencia política efectiva con el Estatuto de Westminster de 1931), y en todo caso iba dirigida contra los otros Estados capitalistas avanzados en lugar de ser un medio para integrarlos como colaboradores de la hegemonía británica.

La última diferencia es, así parece, a favor de Gran Bretaña. El capital británico financió la expansión mundial del capitalismo durante el siglo XIX, que cobró intensidad durante el período comprendido entre 1870 y 1914, cuando Gran Bretaña comenzó a enfrentar una competencia significativa. Estados Unidos comenzó a asumir el papel de acreedor mundial durante y después de la Primera Guerra

8 Sobre el papel de Estados Unidos en la fundación de las Naciones Unidas, ver Schlesinger (2003) y Gowan (2003).

Mundial, y el auxilio oficial y la inversión privada estadounidense en el extranjero ayudaron a impulsar la recuperación económica después de 1945. Desde la década del ochenta, sin embargo, la posición se ha invertido: ahora la norma es que la balanza de pagos de Estados Unidos presenta un gran déficit con el resto del mundo, asociado concretamente con un gran déficit presupuestario, que son financiados por una afluencia considerable de capital extranjero. ¿Es este estado de cosas, dado por el sistema financiero internacional, críticamente analizado por Wade y Gowan, un signo de fortaleza estadounidense o un síntoma de decadencia? Abordar esta cuestión requiere mirar más de cerca a la economía política mundial.

¿Capitalismo mundial en los pilares de Hércules?

Al debatir la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y sus contratendencias, Gramsci pregunta: “¿Cuándo puede uno imaginar que la contradicción llegue a su nudo gordiano, un momento normalmente insoluble que requiere la intervención de Alejandro con su espada? Cuando toda la economía mundial se vuelva capitalista y llegue a cierto nivel de desarrollo, es decir, cuando la ‘frontera móvil’ de la economía capitalista mundial llegue a los pilares de Hércules (1995: 429-430). La idea de que el capitalismo, de hecho, llegó a sus pilares de Hércules es un lugar común hoy día, por ejemplo, en la afirmación mucho más optimista de Thomas Friedman de que la globalización “está aplanando y achicando el mundo”, y “por lo tanto, va a estar impulsada, cada vez más, no sólo por individuos sino también por un grupo mucho más diverso de individuos (ni occidentales, ni blancos). Individuos de todos los rincones del mundo plano se están empoderando” (2005: 12). De hecho, que un periódico serio como el *Financial Times* debiera conceder a tal sobrecrecimiento su premio *Business Book* de 2005, se explica sólo por la euforia que rodea a los “mercados emergentes” –y especialmente al BRIC (Brasil, Rusia, India y China)– durante la burbuja crediticia de mediados de 2000.

Comprender hoy los contornos reales de la economía mundial es importante si queremos obtener una medida exacta de la evolución futura del imperialismo. La teoría principal de las Relaciones Internacionales trató de resolver el problema del formato geopolítico desde el fin de la Guerra Fría. Los realistas estructurales se apresuraron a predecir que la forma, aparentemente unipolar, que asumió el sistema estatal tras el colapso de la Unión Soviética sería meramente una fase de transición en la cual la primacía de Estados Unidos provocó la formación de una coalición que busca equilibrarse en su contra. Como Kenneth Waltz escribió en 1993, “la respuesta de otros países a

uno de ellos que busca o gana preponderancia es tratar de equilibrarse en su contra. La hegemonía conduce al equilibrio [...]. Esto está sucediendo ahora, pero vacilantemente (1993: 77). Enfrentado por la no emergencia de tal coalición, nuestro autor sostiene que su predicción fue correcta, pero que el momento de su advenimiento es imposible de determinar: “La teoría realista predice que los balances interrumpidos serán restaurados algún día. Una limitación de la teoría, limitación común a las teorías de las ciencias sociales, es que no se puede decir cuándo” (Waltz, 2000: 27). Fiel a las premisas estructurales realistas, William Wolforth afirma que la unipolaridad posterior a 1991 representa un punto de descanso estable, en lugar de un momento pasajero, porque las capacidades de Estados Unidos, tanto duras como blandas, son mucho mayores que las de cualesquiera de los otros poderes, y porque la fragmentación geopolítica de Europa y Asia del Este dificulta que cualquier otro Estado logre la centralización política y la concentración de recursos necesarios para desafiar la hegemonía estadounidense (Wolforth, 1999).

Las relaciones económicas figuran en tales explicaciones sólo en la medida en que afectan la capacidad material y, por lo tanto, el poder relativo de los Estados. Por el contrario, los internacionalistas liberales argumentan que el desarrollo de la moderna economía capitalista mundial convirtió al comercio internacional en un juego de suma positiva que da a los Estados, cuyas estructuras sociopolíticas internas son liberales y capitalistas, un incentivo para cooperar y para institucionalizar esta cooperación, y en consecuencia reduce bastante la probabilidad de guerra entre ellos. Como Andrew Moravcsik postula en una reafirmación sofisticada de la teoría liberal de las Relaciones Internacionales, “el desarrollo económico mundial, en los últimos 500 años, ha estado estrechamente relacionado con una mayor riqueza *per capita*, la democratización, los sistemas educativos que refuerzan nuevas identidades colectivas, y mayores incentivos para las transacciones económicas transfronterizas. La teoría realista no le otorga a estos cambios importancia teórica alguna” (1997: 535). Aquí hay una superposición entre el internacionalismo liberal y el marxismo clásico, que tampoco refiere a la economía mundial capitalista como un juego de suma cero: el desarrollo dinámico de las fuerzas productivas bajo el capitalismo puede, en condiciones adecuadas, aumentar tanto los beneficios como los salarios reales. Estas condiciones fueron obtenidas en gran medida durante el gran *boom* de los años cincuenta y sesenta en las economías avanzadas. Por otra parte, es una implicancia de la concepción de la hegemonía capitalista mundial con que trabajé que la potencia hegemónica suministre bienes públicos (por ejemplo, un

sistema monetario internacional estable) que otorgue a otros Estados un incentivo para obedecer y cooperar. Pero la convergencia entre el marxismo y el liberalismo es sólo parcial. La economía política marxista conceptualiza al capitalismo como un proceso inherentemente contradictorio e inestable, constituido por la explotación del trabajo asalariado, responsable de crisis periódicas destructivas, y generador sistémico de desarrollo desigual. Cualquier evaluación honesta de la economía mundial contemporánea tendría que conceder que brinda mucho para afirmar este punto de vista sobre el capitalismo.

Las diferencias de productividad ayudan a explicar porqué Alemania resurgió a mediados de 2000 como el mayor exportador mundial de bienes industrializados, a pesar de los altos costos salariales lamentados, constantemente, por los empleadores y otros defensores de las “reformas” neoliberales.

Desarrollo desigual asentado

A pesar de Thomas Friedman, el mundo no se está volviendo plano. El Cuadro 2 muestra que los patrones de exclusión económica que se desarrollaron a partir de 1945 persistieron desde fines de la Guerra Fría: la participación media de los países desarrollados en los flujos mundiales de inversión extranjera directa (IED) entre 1992 y 2006 fue del 67,34%. Por supuesto, como todas las cifras, deben ser tomadas con cuidado. La IED abarca tanto inversiones en nuevas instalaciones productivas en el exterior como fusiones y adquisiciones transfronterizas. Las fluctuaciones de este último ayudan a explicar los giros en los flujos de IED en los Estados Unidos como la burbuja “puntocom” alcanzó su pico culminante a finales del noventa, y luego colapsó. Sin embargo, las cifras son indicativas de los juicios de rentabilidad relativa hechos por quienes controlan el capital móvil a nivel internacional: éstas siguen favoreciendo masivamente a las economías avanzadas. China es, por supuesto, la excepción más importante a este modelo, pero, nuevamente, aquí las cifras deben ser tratadas con precaución.

Cuadro 2
Flujo de inversión extranjera directa, 1992-2006
(en miles de millones de dólares)

Región o país	1992-1997 (porcentaje anual)	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006
Países desarrollados	180,8	472,5	828,4	1.108,0	571,5	489,9	366,6	418,9	590,3	857,5
Europa Occidental	100,8	263,0	500,0	697,4	368,8	380,2	310,2	209,2	494,9	566,4
Reino Unido	19,5	74,3	88,0	118,8	52,6	27,8	14,5	56,0	193,7	139,5
Japón	1,2	3,2	12,7	8,3	6,2	9,2	6,3	7,8	2,8	-6,5
Estados Unidos	60,3	174,4	283,4	314,0	159,5	62,9	29,8	135,8	101,0	175,4
Economías en desarrollo	118,6	194,4	231,9	252,5	157,6	157,6	172,0	283,0	314,3	379,0
Asia del E, S y SE*	69,6	92,1	109,1	142,7	102,2	86,3	96,9	149,2	167,2	199,5
China	32,8	45,5	40,3	40,7	46,9	52,7	53,5	60,6	72,4	69,5
India	1,7	2,6	2,2	2,3	3,4	3,4	4,5	5,8	6,7	16,9
Europa Central y Oriental**	11,5	24,3	26,5	27,5	26,4	31,2	21,0	--	--	--
Mundo	310,9	690,9	1.086,8	1.388	817,6	678,8	559,8	742,1	945,8	1.305,9
Países desarrollados % mundial	58,15	68,39	76,22	79,83	69,90	72,17	65,51	56,40	62,40	65,66

Fuente: Elaboración con base en datos de UNCTAD, World Investment Report (2004, 2007) <www.unctad.org>.

* Excluyendo a Japón: los flujos de IED a Sud Asia variaron entre 2,5 y 6,5 mil millones de dólares, antes de aumentar fuertemente a 9,9 mil millones de dólares en 2005 y 22,3 mil millones dólares en 2006.

** Ahora incorporadas en las cifras para Europa occidental (re Etiquetada “Europa”).

Como Alan Rugman señala, un “gran porcentaje de la inversión extranjera en China (aproximadamente el 36% en 2002) se origina en Hong Kong, gran parte del cual, se cree, es capital que fuera enviado originalmente desde la misma China para evitar diversas restricciones gubernamentales. Hong Kong y China representan en conjunto más de un tercio del volumen total de entradas de IED en manos de los países en desarrollo” (2005: 264). Esto es debido a la vitalidad del capitalismo chino, pero resalta hasta qué punto los flujos mundiales de capital favorecen a los ricos; en este, como en tantos otros aspectos, a todo el que tiene le será dado, y tendrá en abundancia.

La mejor explicación para este modelo es proporcionada por la investigación teórica y empírica. Contrariamente a la ortodoxia neoclásica, hay un alza de los rendimientos a escala. En otras palabras, la rentabilidad mejorada depende de las inversiones a gran escala en innovación tecnológica que aumentan la productividad. Cuando esta

estrategia funciona, la escala de producción probablemente continúe creciendo. Las empresas de suministro se abroquelarán alrededor del éxito de las grandes empresas. Como resultado, también habrá grandes concentraciones de trabajadores, algunos de los cuales, por lo menos, tendrán buenos salarios en virtud de sus habilidades para mejorar la productividad. Debido a que estos trabajadores son, además, consumidores, el mercado derivado de bienes de consumo y servicios atraerá inversiones adicionales en la producción, el comercio minorista, la infraestructura y así sucesivamente, aumentando aún más el empleo y ampliando los mercados locales. Esto implica que las regiones exitosas económicamente —el éxito genera éxito— mostrarán una tendencia a concentrar la inversión, la producción y el consumo en ciertas áreas. Esto no quiere decir que las regiones, una vez exitosas, no puedan fallar, hecho destacado por la caída de la cuna de la Revolución Industrial: el norte de Inglaterra. Así, emergen nuevas regiones —más notablemente, el delta de la Perla y del río Yangtsé, en el sureste chino. Pero estos cambios tienden a conducir a mayores irregularidades que a suavizar las diferencias económicas⁹.

Una de las razones clave por las que el mundo no se está volviendo plano es que, en parte debido a las ventajas enumeradas en el párrafo anterior, la productividad laboral tiende a ser mucho mayor en las economías avanzadas. El *Financial Times* informó en octubre de 2006:

Los gerentes deben tener cuidado de no dejarse seducir con inversiones en economías emergentes debido a que su ventaja competitiva de bajos salarios es a menudo exagerada, según destaca el informe emitido hoy por la Junta de Conferencia del grupo empresarial de Estados Unidos.

Cuando los salarios en China, India, México, Europa Central y Europa Oriental se ajustan según la baja productividad de los trabajadores, la ventaja de los costos localizados se reduce, a veces dramáticamente [...]. En México, por ejemplo, el promedio de salario industrial es casi 10 veces menor que en los Estados Unidos. Sin embargo, un trabajador mexicano promedio produce 10 veces menos que un trabajador industrial de los Estados Unidos y los salarios aumentaron, por lo que la unidad de costos laborales es casi idéntica. China y la India mantienen aún menores costos laborales por unidad, porque los salarios industriales promedio son aún más bajos que los niveles de productividad

|||||

9 En este tema, estoy especialmente en deuda con Ashman (2006).

en relación con los Estados Unidos. Los salarios chinos están a menos del 3% de los niveles de Estados Unidos, mientras que la productividad de los trabajadores de la industria nacional equivale al 14% de la de Estados Unidos (Giles, 2006).

Las diferencias de productividad ayudan a explicar porqué Alemania resurgió a mediados de 2000 como el mayor exportador mundial de bienes industrializados, a pesar de los altos costos salariales lamentados, constantemente, por los empleadores y otros defensores de las “reformas” neoliberales. La naturaleza profundamente desigual del desarrollo capitalista contemporáneo arroja luz sobre el carácter de las redes de producción transnacionales que proporcionan gran parte de la infraestructura de la organización de la economía mundial. La investigación de Kees van der Pijl en la distribución de las conexiones entre directivos de las grandes corporaciones identifica la cristalización en el curso de la década del noventa de dos redes de empresas transnacionales, una centrada en los Estados Unidos y la otra en Europa continental, con empresas británicas y escandinavas distribuidas en ambas (Van der Pijl, 2006: 283-286). Sobre la base de un estudio de las empresas multinacionales (EMN), Rugman sostiene que gran parte de lo que se llama globalización es, de hecho, regionalización:

Los escritores sobre la globalización cometen, a menudo, tres errores:

1. Confunden, con frecuencia, ventas internacionales con globalización. De hecho, la mayor parte de las ventas de las principales empresas multinacionales del mundo se encuentran *dentro* de sus regiones de origen.
2. A menudo argumentan que la globalización es impulsada por las empresas multinacionales de Estados Unidos. De hecho, hay tantas empresas multinacionales europeas como estadounidenses y también hay muchas empresas multinacionales importantes de Asia. De las 50 empresas multinacionales más grandes de la industria, 25 tienen su origen en la región de América del Norte, 15 en Europa y 10 en la región de Asia-Pacífico. En otras palabras, existe una “tríada” de empresas multinacionales de América del Norte, Europa y Asia. No hay una sola región de la tríada que sea dominante.
3. No hay evidencia de concordancia, es decir, en el sector fabril no hay difusión de la producción sobre una base uniforme y global. Por el contrario, cada conjunto de empresas multinacionales con sede en la tríada desarrolla y expande la producción internacional, principalmente dentro de su región de origen, de la tríada.

Muy pocas empresas multinacionales operan a escala mundial, casi todas tienen base regional (Rugman, 2005: 269-270).

Rugman distingue cuatro tipos de empresas transnacionales (sus cifras datan de 2001):

- 1) Región de origen: más del 50% de las ventas en la región de origen de la corporación, por ejemplo: General Motors, Volkswagen, NEC, Ford, Total Fina Elf, Siemens, Philip Morris, Hitachi.
- 2) Bi-regionales: al menos el 20% de las ventas en dos regiones de la tríada y más del 50% de las ventas totales realizadas fuera de la región de origen, por ejemplo: Toyota, BP, Nissan, Motorola, Unilever, Glaxo-SmithKline, Bayer, Ericsson.
- 3) Región huésped: empresas transnacionales bi-regionales con más del 50% de las ventas en una región distinta a la de origen, por ejemplo: Honda, DaimlerChrysler, AstraZeneca.
- 4) Global: empresas transnacionales con al menos el 20% de las ventas en cada una de las regiones de la tríada, pero menos del 50% en una sola región. Son nueve: IBM, Sony, Philips, Nokia, Intel, Canon, Coca-Cola, Flextronics, Christian Dior. Siete de las nueve [...] se concentran en computación y equipos eléctricos. El valor principal para considerar la proporción de componentes y productos finales en este sector es que conllevan costos de transporte relativamente bajos (Rugman, 2005: 270-284).

La idea, entonces, de que el capital se liberó de sus amarras geográficas sigue siendo un mito. Un interesante estudio estadounidense sobre contratación externa señala que en 2002-2004, hubo 58 traslados de centros de producción de los Estados Unidos a China, 55 de Europa a China y 33 de otros países asiáticos a China. Pero “de los 255 traslados [a todos los destinos] fuera de los Estados Unidos, el 48% fueron traslados simultáneamente a países ‘ceranos’ en América Latina (principalmente a México) y China, y a otros países ‘lejanos’ en Asia”. Por otra parte, el “estudio encontró varios casos en que los países europeos trasladaron, al mismo tiempo, la producción a Europa del Este y China. Esto se produjo probablemente por las mismas razones por las que una empresa de Estados Unidos se trasladaría a México y a China: mantener la producción a cruce de frontera, pero no lejana, cosa que se pueda acceder a ella de forma rápida, barata y fácil por medio de transporte terrestre (Bronfenbrenner y Luce, 2004: 21). Esto subraya el hecho de que un conjunto complejo de variables determina la localización de las inversiones —no sólo los niveles salariales, sino las habilidades, la productividad laboral, la proximidad a los mercados y los costos

de transporte, que a su vez están relacionados con la naturaleza del producto (como vimos en el caso de industrias de IT, la tasa de valor unitario a considerar)–. A pesar de la escalada de los aranceles, controversiales y parcialmente revertidos, de la UE sobre productos textiles de China en 2005, algunos minoristas europeos de ropa eligieron cambiar la producción en China por sitios cercanos a sus mercados de origen, en Turquía, Europa del Este y la India, con el fin de poder responder rápidamente a los cambios en la moda (*Financial Times*, 2005).

Lo que ha ocurrido en las últimas décadas es que cada uno de los 3 puntos nodales de la tríada se han expandido un poco –a través de la frontera con Estados Unidos hacia México; de la región central del viejo Oeste de la UE hacia Europa Central y del Este, Turquía y parte del Magreb; y, lo más importante, de Japón hacia el resto de Asia Oriental y, sobre todo, China. Esta reconfiguración de la economía mundial tiene alcances importantes en la distribución del poder mundial, como lo discutiremos más adelante. Sin embargo, *no* representa una ruptura con el modelo de lo que Michael Mann denomina “imperialismo *ostracista*”. El auge de *commodities* que se desarrolló a mediados de la década actual, gracias al rápido crecimiento de Asia y la recuperación económica de Estados Unidos, llevó a un renacimiento del interés inversorista en África subsahariana, particularmente en las zonas productoras de petróleo y materias primas estratégicas; la profunda pobreza y el desorden político de la región han posibilitado prácticas extraordinariamente predatorias (Bond, 2006). Sin embargo, esto puede ser una reminiscencia de las peores formas del imperialismo decimonónico –en particular el saqueo de la República Democrática del Congo, el célebre “Estado Libre del Congo” del rey Leopoldo II de Bélgica, el hecho es que este no es el lugar principal del capitalismo mundial–. En verdad, la cartera de inversiones en acciones y bonos corporativos, a diferencia de la IED, fluyó en los últimos años a los denominados “mercados emergentes”, y de hecho proveyó originariamente, después del inicio de la contracción del crédito mundial en agosto de 2007, una de las pocas formas de consuelo para los inversores en pánico. Pero este desarrollo debe ser mantenido en contexto. En primer lugar, refleja en gran medida un movimiento especulativo comparable al auge de los mercados emergentes a principios de la década del noventa, que fue fustigado por la crisis mexicana de 1994-1995 y los quiebres de Asia Oriental y Rusia de 1997-1998. Como era de esperar, las entradas empezaron a retroceder cuando los mercados financieros quebraron en otoño de 2008. En segundo lugar, en términos históricos, eran relativamente pequeños: según Richard Cookson de HSBC, “la media de los inversores del siglo XIX en Gran Bretaña probablemente haya tenido un 25% de su dinero

en mercados emergentes. En comparación, los inversores institucionales de Estados Unidos en los últimos años han invertido apenas el 10% en valores extranjeros, y una fracción de estos es dedicada a mercados emergentes”. El valor total de deuda de los mercados emergentes cotizada en Londres alcanzó su nivel de 1905 del 12% del PIB mundial sólo en 2005 (Brown-Humes, 2006).

El dato más importante de esta distribución geográfica irregular del poder económico es el corte horizontal profundo que hace en la humanidad. Las diferencias de ingreso *per capita* entre el núcleo rico del capitalismo mundial y el resto del mundo siguen siendo enormes y,

Desde fines de los noventa en adelante, la Reserva Federal de Estados Unidos trató de evitar una fuga de excedentes de capital desestabilizadora mediante la participación en lo que bien llama Brenner “keynesianismo de precio de activos”, es decir, tolerar el desarrollo de burbujas de especulación.

desde la perspectiva histórica de largo plazo, sin precedentes. Esto no significa disminuir la importancia del crecimiento económico vertiginoso experimentado por China y, más recientemente, por la India que sacó de la pobreza extrema a cientos de millones. La medición de la pobreza y la desigualdad es un problema enormemente complejo y controvertido. Pero, incluso en las estimaciones, muy discutibles, del Banco Mundial, 2,74 mil millones de personas vivían con menos de 2 dólares estadounidenses al día en 2001; el 44% de la población mundial (Banco Mundial, 2008: Cuadro 2.5a). Dado que el desarrollo desigual es dominante en el capitalismo contemporáneo, persisten la pobreza y la desigualdad económica mundial masivas. Por otra parte, las diferencias de ingresos entre los Estados no logran captar las enormes desigualdades en las sociedades. Como es sabido, la era neoliberal ha visto una importante redistribución de la riqueza y los ingresos de los ricos en países como los Estados Unidos y Gran Bretaña. El 1% de los hogares estadounidenses recibía un promedio de 16,9% del ingreso total por hogar entre 1917 y 1940. Su participación se redujo a 8,4% en 1973 pero, después de una generación de neoliberalismo, se elevó hasta llegar a 19,6% en 2001.

Mientras tanto, entre mediados de los años 1970 y 2000, el 90% de los hogares vio su participación en los ingresos totales, por hogar, caer al 12% (Duménil y Levy, 2004: 111-119). En Gran Bretaña,

la desigualdad de los ingresos aumentó considerablemente durante el gobierno de Thatcher, y superó levemente este alto nivel histórico con el Nuevo Laborismo (Brewer et al., 2008: 27-28). El mismo patrón de crecimiento crónico y desigual se encuentra en las regiones del Sur que crecieron más rápido en la última generación. De acuerdo con la Comisión de Reforma y Desarrollo Nacional China, el 20% de los residentes urbanos más pobres de China ganan el 3% de la renta urbana. El 10% más rico de la población urbana controla el 45% de los activos urbanos, el 10% más pobre sólo el 1,4% (*Globe & Mail*, 9 de febrero de 2006)¹⁰.

Una persistente crisis de rentabilidad

Una segunda característica importante de la economía política mundial contemporánea es el prolongado período, de crecimiento lento y baja rentabilidad, que se apoderó por primera vez del capitalismo avanzado a fines de los sesenta y principios de los setenta. El hecho de que, como muestra el Cuadro 3, la tasa de ganancia en los Estados Unidos se mantiene inactiva en comparación con los niveles que alcanzó durante el apogeo de los años cincuenta y sesenta es aún más notable, dado que la productividad en el sector de negocios entre 2000 y 2005 aumentó en un 17%, mientras que la mediana del salario real por hora se acrecentó sólo en un 3%, ocasionando que la participación del trabajo en el ingreso nacional descienda a 56,8% en 2005 mientras que las ganancias subieron a un récord de cerca del 13,6% del PIB en el segundo trimestre de 2006 (Guha et al., 2006). En otras palabras, lo que en términos marxistas equivale a un aumento sustancial de la plusvalía relativa no condujo a un aumento significativo de la tasa general de ganancia. Este problema crónico de la rentabilidad —que, según demuestran las investigaciones de Robert Brenner y otros académicos marxistas, no se limita a los Estados Unidos, sino que es general del capitalismo avanzado— sugiere que las sucesivas crisis económicas no lograron eliminar el exceso de capitales relativamente ineficientes, cuya supresión se requeriría para restaurar la rentabilidad de la inversión a los niveles de los años cincuenta y sesenta. De este modo, el argumento de Preobrazhensky de que mientras más concentrado y centralizado se vuelve el capitalismo, mayores son los obstáculos para la destrucción de capital no rentable, parece tener todavía cierta influencia. En efecto, desde fines de los noventa en adelante, la Reserva Federal de Estados Unidos trató de evitar una fuga de excedentes

|||||

10 Ver los debates esclarecedores sobre pobreza y desigualdad en Milanovic (2005), Kaplinsky (2005) y Wade (2007).

de capital desestabilizadora mediante la participación en lo que bien llama Brenner “keynesianismo de precio de activos”, es decir, tolerar el desarrollo de burbujas de especulación, primero en acciones y existencias a fines de los noventa y, a continuación, después del doble golpe en 2000-2001 del colapso de las “puntocom” y del 9/11, en el sector inmobiliario que alentó a los hogares, cuyo patrimonio neto había aumentado con los precios de estos activos, a pedir prestado y gastar más. La contracción del crédito mundial que comenzó en el segundo semestre de 2007 representa la deflación de la última de estas burbujas; según el FMI “se ha convertido en la mayor crisis financiera desde la Gran Depresión, dañando gravemente a los mercados y a las instituciones centrales del sistema financiero” (Brenner, 2007a; FMI, 2008: 4)¹¹. El agravamiento de esta crisis con la quiebra financiera tras el colapso de Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008 contribuyó al desarrollo veloz de una recesión mundial que afectó a todas las regiones principales de la economía mundial.

Cuadro 3
Índice de ganancia neta corporativa no financiera
estadounidense según ciclo económico, 1948-2007

Ciclo económico	Índice
1948-1959	0,1327
1959-1969	0,1459
1969-1973	0,1137
1969-1979	0,1048
1979-1990	0,0979
1990-2000	0,1081
2000-2007	0,0951

Fuente: Brenner (2007a), corregida y actualizada.

Esta prolongada crisis de rentabilidad fue el telón de fondo contra el cual el neoliberalismo substituyó al keynesianismo como régimen de política económica dominante. Críticamente, el objetivo de la política fiscal y monetaria pasó de mantener el pleno empleo a imitar el tipo de disciplina externa de las economías que en la era del

11 Para los debates actuales sobre rentabilidad ver Brenner (2006a), Harman (2007) y la discusión del último artículo de Kincaid et al. (2008). Se delinea el desarrollo de las burbujas sucesivas en Brenner (2002; 2004) y se describe el último colapso en Turner (2008).

imperialismo clásico fue proporcionada por el patrón oro¹². David Harvey ha descrito la instalación del neoliberalismo como una “restauración de poder de clase” en reacción a las rebeliones sociopolíticas y a la militancia de los trabajadores de fines de la década del sesenta y principios de la del setenta (2005). Pero, aunque el papel del Estado en las economías capitalistas avanzadas fue reestructurado en diferentes aspectos, no hubo una reducción dramática en la participación sustancial de la actividad económica que es absorbida por el gasto público¹³. Más importante aún, como demuestra la recesión mundial causada por la agitación financiera de 2007-2008, el neoliberalismo no ha logrado superar las contradicciones que causaron tanto el colapso del gran *boom* como el prolongado período de crisis que le siguió. El neoliberalismo no sólo le dio a los capitalistas y administradores estatales la cohesión ideológica y la confianza en sí mismos para hacer retroceder al trabajo organizado, sino que legitimó la desregulación y la integración mundial de los mercados financieros; y una tendencia generalizada de apertura de mercados suministró capitales, ya sean industriales, comerciales o financieros, con el fin de buscar cada rincón y hendidura donde se pueda obtener una ganancia; a principios de la era neoliberal, Fredric Jameson señaló “una penetración y colonización, nueva e históricamente original, de la Naturaleza y el inconsciente” (1984: 78). Pero el neoliberalismo no tuvo éxito en llevar la rentabilidad a los niveles del gran *boom*. De hecho, se puso en duda su viabilidad en el largo plazo debido al rescate masivo del sistema bancario por el aparato estatal en respuesta a la recesión crediticia. Esta realidad tiene alcances geopolíticos importantes. Una economía mundial caracterizada, en un contexto de gran inestabilidad, por el crecimiento relativamente lento de las economías avanzadas y por la intensa competencia internacional (en parte como consecuencia), difícilmente actúe de forma cooperativa como en una economía en que la expansión sostenida y generalizada mejora la situación de todos los actores. La dificultad se agrava si, como ocurre en la actualidad, también están sucediendo cambios importantes en el poder económico relativo.

12 Este cambio político es lúcidamente expuesto por uno de sus arquitectos en Lawson (1992).

13 Ver Hay (2005); para críticas escépticas de académicos marxistas a los reclamos que a veces se hacen sobre la efectividad del neoliberalismo, ver Harman (2008).

Una redistribución del poder económico mundial

Un mundo que no es económicamente plano no es necesariamente aquel en que las desigualdades siguen siendo las mismas. Recorde-mos que la crítica de Lenin al ultraimperialismo descansaba no sólo en el desarrollo desigual, sino en el hecho de que la distribución de la desigualdad en todo el mundo, y por tanto del poder relativo de los Estados, está en constante cambio como resultado del crecimiento di-námico del capitalismo.

Cuadro 4
PIB de las principales economías, 1980-2007
(clasificado por PIB según precios corrientes de 2007)
(en miles de millones dólares estadounidenses)

País	1980			1992		
	PIB	PIB PPP	PPP en % PIB mundial	PIB	PIB PPP	PPP en % PIB mundial
Estados Unidos	2.789,53	2.789,53	22,467	6.337,75	6.337,75	22,807
Japón	1.067,08	1.039,39	8,372	3.797,03	2.552,04	9,184
Alemania	826,142	752,905	6,11	2.066,73	1.635,38	5,885
China	307,599	249,113	2,006	483,047	1.201,53	4,324
Reino Unido	537,776	486,488	3,918	1.085,4	997,72	3,59
Francia	691,208	536,55	4,321	1.374,29	1.113,5	4,007
Italia	460,629	507,453	4,091	1.271,91	1.052,15	3,79
España	224,495	272,451	2,194	613,016	603,072	2,17
Canadá	268,927	272,117	2,192	579,778	566,909	2,04
Brasil	162,615	443,959	3,576	426,519	831,599	2,992
Rusia	s/d	s/d	s/d	85,572	1.168,86	4,206
India	176,624	271,217	2,192	280,933	814,18	2,92
Corea del Sur	64	94,806	0,764	329,928	405,251	1,458
Australia	160,643	144,439	1,162	313,419	319,63	1,149
México	205,661	304,522	2,452	363,661	632,269	2,274

Cuadro 4 (cont.)

País	2000			2007			
	PIB	PIB PPP	PPP en % PIB mundial	PIB	PIB PPP	PPP en % PIB mundial	PIB
Estados Unidos	9.816,98	9.816,98	23,603	13.843,83	13.843,83	21,363	25,5
Japón	4.668,79	3.205,51	7,707	4.383,76	4.289,81	6,607	8,8
Alemania	1.905,8	2.160,69	5,195	3.322,15	2.809,69	4,344	6,12
China	1.198,48	3.006,52	7,229	3.250,83	6.991,04	10,827	5,99
Reino Unido	1.453,84	1.485,92	3,573	2.772,57	2.137,42	3,303	5,1
Francia	1.333,17	1.531,09	3,681	2.560,26	2.046,9	3,166	4,71
Italia	1.100,56	1.393,51	3,353	2.104,67	1.786,43	2,762	3,88
España	582,377	897,721	2,158	1.438,96	1.351,61	2,088	2,65
Canadá	725,158	886,025	2,13	1.432,14	1.265,84	1,956	2,64
Brasil	644,283	1.230,93	2,959	1.313,59	1.835,64	2,811	2,42
Rusia	259,702	1.120,53	2,694	1.289,58	2.087,82	3,176	2,37
India	461,914	1.519,54	3,667	1.098,95	2.988,87	4,58	2,02
Corea del Sur	511,961	730,853	1,757	957,053	1.200,88	1,853	1,76
Australia	389,983	514,853	1,237	908,826	760,812	1,181	1,67
México	580,791	953,462	2,291	893,365	1.346,01	2,074	1,64

Fuente: FMI (2008) <www.imf.org>.

Este argumento sigue siendo tan válido como cuando Lenin lo escribió. La distribución cambiante del poder económico mundial es, como ya he señalado, el tema del sobrecrecimiento. Una mayor dificultad, sin embargo, que trava la discusión acerca del tamaño de las economías contemporáneas, y de si la globalización aumenta o reduce la pobreza y la desigualdad mundial, es cómo se mide el ingreso nacional. Utilizar las tasas del mercado cambiario puede generar distorsión por las fluctuaciones de la inflación y la moneda: por tanto, la caída del dólar a principios de 2008 ocasionó que aumentara más la economía de la zona euro, según las tasas del mercado de cambio, que la de los Estados Unidos. Esto explica porqué la medida alternativa de Paridad de Poder Adquisitivo (PPP) es la favorita de las instituciones internacionales tales como el FMI y el Banco Mundial y de los historiadores de la economía mundial como Angus Maddison. El mérito del PPP es que ajusta las tasas de cambio para resaltar las diferencias en el poder adquisitivo nacional, ya que un dólar PPP compraría la misma cantidad de bienes y servicios en cualquier lugar en el mundo; porque los costos de vida son más bajos en el Sur, el efecto es, por lo general, que aumenta el tamaño de las economías en desarrollo y reduce el de las economías avanzadas.

Un problema con esto es que las empresas deben comprar productos de alta tecnología y sistemas estatales de armamentos, no con dólares PPP ideales, sino con dinero real que fluctúa, día a día, frente a otras monedas. Robert Wade ofrece un resumen juicioso:

En principio, el ajuste de PPP es mejor para las cuestiones acerca del poder adquisitivo interno relativo o, más en general, el acceso al bienestar material.

Pero estas no son las únicas cuestiones que nos pueden interesar del ingreso y su distribución. *También* podríamos estar interesados en el ingreso relativo como representante del poder adquisitivo relativo de los residentes de diferentes países sobre los bienes y servicios producidos en *otros* países. Si estamos interesados en alguna de las preguntas sobre los impactos de un Estado, economía o región en los demás [...] debemos utilizar FX [mercado de divisas o *foreign exchange*, por sus siglas en inglés]. Los ingresos del mercado de divisas son una mejor representación de poder e influencia (Wade, 2007: 390)¹⁴.

En consecuencia, en el Cuadro 4, se incluyen a ambas: al PPP y a las medidas de la tasa del mercado cambiario de la renta nacional (y, para 2007, las participaciones de PIB mundial en ambas medidas). Las cifras sirven para desinflar el sobrecrecimiento de los BRIC: incluso en la medida más favorable del PPP, la participación de Brasil y Rusia en el PIB mundial decayó desde principios de los noventa. Sin embargo, 5 de las 15 principales economías del mundo en 2007 estaban en el Sur global. Y el ascenso de China como un productor y exportador significativo de productos industriales es innegable. Arrighi considera que el ascenso de China es más que el surgimiento de una potencia hegemónica. Espera una reorientación del Partido Comunista Chino (PCCh) que “prosperare en la reactivación y la consolidación de las tradiciones chinas de desarrollo centralizado basado en el mercado, acumulación *sin* desposesión, movilización de recursos humanos antes que los no humanos y gobierno por medio de la participación masiva en la delineación de las políticas” (Arrighi, 2007: 389). Es difícil encontrar más que ilusiones en esto. El éxito de China en el mantenimiento de una tasa de crecimiento anual promedio entre 8% y 10% durante

14 Ver la crítica detallada a las medidas PPP de ingreso en Freeman (2004) y, en su defensa, ver Maddison (2007). Se recomienda precaución en este tema debido a que los cálculos recientes –utilizando el PPP– han reducido considerablemente el tamaño de la economía china, disminuyendo su participación en la cuota del PIB mundial en 2005 de 14,39% a 9,58%. Ver, por ejemplo, Keidel (2007).

30 años es, sin lugar a dudas, un desarrollo histórico mundial. Pero en términos analíticos duros, representa una versión particularmente concentrada y austera de lo que Marx llamó la acumulación originaria de capital, en la que cientos de millones de personas, junto con los recursos productivos previamente de dominio público, se subordinaron a la lógica de la competencia mundial¹⁵.

La pregunta relevante aquí es ¿qué implicaciones, de la rápida emergencia china como un importante centro del capitalismo mundial, es probable que tenga para el imperialismo contemporáneo? Llegar a una respuesta lúcida es difícil, en parte debido a la complejidad de la relación entre China y la potencia hegemónica, Estados Unidos. Económicamente, los dos Estados son interdependientes. Estados Unidos tiene un déficit en cuenta corriente importante, equivalente a cerca del 5% o 6% del ingreso nacional a mediados de 2000, mientras que China, junto con las otras economías exportadoras de Asia del Este, tiene excedente. Estos desequilibrios de pagos reflejan el flujo masivo de productos industrializados de Asia Oriental a los Estados Unidos a través del Pacífico. Las cantidades aumentan, gracias a los préstamos a los Estados Unidos de algunos de los dólares acumulados por las economías de Asia del Este (las reservas de divisas extranjeras de China llegaron a 1,81 billones de dólares a fines de junio de 2008), lo que permite a los consumidores estadounidenses continuar comprando bienes de Asia del Este (Dyer, 2008a). Para algunos economistas, esta puesta en marcha –descrita por Fareed Zakaria como “el equivalente de la globalización de la era nuclear de Destrucción Mutua Asegurada”, porque su colapso dañaría gravemente tanto a los Estados Unidos como a China– representa una nueva versión de las instituciones de Bretton Woods: los Estados de Asia del Este reaccionaron a la crisis de 1997-1998 evitando la deuda externa, y fijando sus monedas frente al dólar a valores que mantienen sus exportaciones competitivas internacionalmente, imponiendo restricciones a la exportación de capital y acumulando grandes reservas de divisas. En este análisis, el arreglo es de beneficio mutuo, y por lo tanto estable, en el que las economías de Asia del Este pueden continuar con el crecimiento impulsado por las exportaciones mientras que suscriban al consumo estadounidense (Zakaria, 2008: 124; Dooley et al., 2004).

|||||

15 Ver, por ejemplo, Walker y Buck (2007) y Hart-Landsberg y Burkett (2005); y para un fascinante estudio de los patrones de resistencia de la clase trabajadora, ver Lee (2007). Mi principal desacuerdo con estos análisis es que, en mi opinión, China antes de la introducción de las reformas de Deng Xiaoping en 1978 no representaba ninguna forma de socialismo, sino capitalismo de Estado burocrático, por tanto, la transición de la generación pasada ha sido de una forma de capitalismo a otro; ver, entre otros, Harris (1978) y Hore (2004).

Ciertamente, el circuito Estados Unidos-China jugó un papel crucial en la aceleración de la economía mundial durante el auge de mediados de 2000.

Algunas economías industriales –Japón, Alemania, Corea del Sur– se reorientaron hacia el suministro de materiales y productos semielaborados para la línea de montaje china, por lo que China sustituyó a los Estados Unidos como el principal receptor de las exportaciones japonesas, aunque el destino final de muchos de estos productos sigue siendo los Estados Unidos, sólo que ahora lo es después del montaje final en China. Al mismo tiempo, los productores de materias

En China, una tasa de acumulación vertiginosa se sostiene por la voluntad de los bancos, todavía controlados por el Estado, para otorgar préstamos baratos a las empresas.

primas en África y América Latina descubrieron en el inversionista de sus materias primas a un nuevo consumidor voraz. Pero la *estabilidad* de este circuito es otro tema. Por un lado, los dos extremos del circuito difícilmente sean casos de crecimiento equilibrado. En Estados Unidos, la recesión de 2000-2001, precipitada por el auge de las “punto-com”, fue superada en gran medida gracias a la política de la Reserva Federal de los Estados Unidos de recortar las tasas de interés hasta el hueso e inundar a los Estados Unidos y la economía mundial con créditos baratos. El resultado no fue simplemente la nueva burbuja en el mercado inmobiliario, sino el desarrollo de un auge clásico del crédito especulativo, con todo tipo de estafas e “innovaciones” financieras poco fiables (obligaciones de deuda *colateralizadas*, medios de inversión estructurado y similares) y una corriente de adquisiciones de empresas por firmas de capital privado mediante créditos baratos cuyo principal efecto fue, cuando el *boom* inevitablemente se desplomó, difundir las malas deudas a lo largo del sistema financiero, provocando una parálisis que ocasionó una importante recesión mundial.

Por su parte, en China, una tasa de acumulación vertiginosa se sostiene por la voluntad de los bancos, todavía controlados por el Estado, para otorgar préstamos baratos a las empresas. Esta política, combinada con la renuencia de los bancos de llevar a las empresas a

la quiebra, proporcionó a los capitalistas chinos, usualmente aliados a funcionarios locales y que operan en condiciones de intensa competencia, incentivos para seguir invirtiendo, incluso cuando los márgenes de beneficio disminuyen, y para exportar, constituyendo, en consecuencia, presiones inflacionarias cada vez más potentes. El capitalismo híbrido, estatal y privado, de China evitó hasta ahora una crisis económica sustancial, ya que el crecimiento lento y el aumento de los precios ayudaron a precipitar las protestas de Tiananmen en 1989, pero esto no significa que el equilibrio pueda continuar por siempre, como las advertencias ineficaces de la dirección del PCCh acerca de la economía y el aumento de la desigualdad lo demuestran. Ho-Fung Hung argumenta:

Las tendencias de la inversión excesiva y el consumo insuficiente, cuando se combinan, hacen a China cada vez más susceptible a una crisis nacional de sobreacumulación. Con el peso de China como el territorio principal de excedente de capital mundial para asentarse y obtener sus beneficios y como el principal mercado de exportación para los productores de materias primas, así como fabricantes de bienes de capital, una crisis nacional de sobreacumulación en China, si ocurre, sin duda va a generar amplias repercusiones mundiales (2008: 170)¹⁶.

Pero hay más cuestiones estructurales sobre la sustentabilidad de Bretton Woods II. El sistema depende de un dólar relativamente fuerte que, como vimos anteriormente, Robert Wade sostiene que es uno de los beneficios extra de la hegemonía efectiva. Sin embargo, nuestro autor argumenta:

En el mundo real, la capacidad de los Estados Unidos para tener un gran déficit de cuenta corriente y mantener un amplio stock de activos financieros en dólares en manos extranjeras es un arma de doble filo. Le da casi un almuerzo gratis a los Estados Unidos por lo que le permite atraer el financiamiento necesario, incluso mientras paga bajas tasas de interés. Sin embargo, esta “ganancia de deudor hegemónico” puede convertirse en una “maldición de deudor normal” si –como en la actualidad– la deuda externa e interna estadounidense se elevan hasta el punto en que Estados Unidos tiene que suplicarle a los otros países que revalúen sus monedas y retener los activos en dólares ante de una mayor rentabilidad en otros lugares y oportunidades para

16 Agradezco esta referencia a Kees van der Pijl. El *Financial Times* ha proporcionado una excelente cobertura acerca de las contradicciones del *boom* chino, especialmente en Kyng y Roberts (2003) y McGregor (2007).

diversificarse en una moneda alternativa internacional, tales como el euro. Una pérdida de la cooperación extranjera puede conducir a caídas repentinas del valor del dólar, y aunque esto no implique la maldición del deudor normal de elevar la carga por servicios de deuda, todavía podría infligir costos en la economía de los Estados Unidos. Estos costos podrían ser graves, dado que las tenencias extranjeras oficiales de bonos del Tesoro ahora [2003] ascienden a alrededor de un tercio del total de la deuda emitida por el Tesoro (Wade, 2003: 82-83).

De hecho, sin duda desde un punto de vista económico, un dólar fuerte tiene más doble filo que el sugerido por Wade. El impacto negativo en la competitividad de la industria artesanal de Estados Unidos de dólares fuertes, que fue una consecuencia de la disciplina monetaria impuesta por la Reserva Federal al mando de Paul Volcker en octubre de 1979, obligó a una reversión de estas políticas a mediados de la década del ochenta. Aunque la administración Clinton volvió a una política de dólar fuerte de una década después, se abandonó efectivamente durante el primer término de Bush Jr. (Schwartz, 2000: Cap. 9; Harman, 2008: 99; Brenner, 2002). Pero el peligro de una devaluación importante del dólar es que, como en la década del setenta, podría socavar la hegemonía de Estados Unidos y desestabilizar la economía mundial. El inicio de la crisis mundial del crédito en 2007-2008 aceleró inicialmente la caída del dólar (alrededor de un 25% entre principios de 2002 y 2008) (FMI, 2008: 18). En una economía mundial donde el dinero fiduciario de los principales Estados flota libremente, el beneficiario de una prolongada caída en el dólar sería el euro. David McNally argumentó que la aparición del euro como una reserva monetaria importante (con el 27% de las reservas oficiales totales en 2008, frente al dólar con el 63%) representa un proyecto, por parte de los Estados líderes en la zona euro, por desarrollar una moneda con las propiedades de dinero mundial, y por liberarse del señoreaje de Estados Unidos —es decir, de las ventajas económicas que Estados Unidos obtiene del control de la reserva internacional de divisas, en particular la capacidad para financiar su propio déficit en balanza de pagos, simplemente mediante la emisión de dólares (McNally, 2007; Atkins, 2008)—. En una proyección, el euro podría superar al dólar en 2015 (Frankel, 2008). La compleja evolución de la crisis económica mundial precipitada por la restricción financiera causó que la tasa de cambio del dólar fluctúe dramáticamente. En septiembre de 2008, aumentó un 10%, luego del desmoronamiento de 7 puntos porcentuales en la primera parte del año, y el impacto inmediato del quiebre financiero de ese mes hizo que se volviera un refugio de seguridad para inversionistas

fóbicos (Authers, 2008). Esta clase de cambios probablemente continúe. Una inestabilidad financiera y económica suficiente podría producir un giro repentino y caótico en el sistema monetario internacional de un Estado a otro. La economía mundial podría estar entrando en un período prolongado de inestabilidad monetaria comparable con la que acompañó a la sustitución de la libra por el dólar como la principal moneda de reserva entre los años veinte y cincuenta.

Competencia geopolítica continua

¿Cuáles son las consecuencias de la inestabilidad económica continua y la disminución relativa de Estados Unidos para el sistema estatal? Barry Buzan ofrece un marco útil para conceptualizar ese sistema. Propone “un esquema de tres niveles: las *superpotencias* y las *grandes potencias* en el nivel sistémico, y *potencias regionales* en el nivel regional”. Una superpotencia debe poseer “capacidades de amplio espectro en la totalidad del sistema internacional”, mientras que “lo que distingue a las grandes potencias de las regionales es que son consideradas por otros basándose en cálculos en el nivel sistémico, así como en el regional, acerca de la distribución de poder en el presente y en el futuro cercano”. La “estructura de poder mundial” post-Guerra Fría fue lo que Buzan llama “1+4” –los Estados Unidos como la única superpotencia y China, la UE, Japón y Rusia como grandes potencias–. Por último, “Estados Unidos adoptó una estrategia de oscilación de potencia en la que se posiciona a sí mismo como miembro de 3 macrorregiones (Asia-Pacífico, el Atlántico Norte, el Hemisferio Occidental) como una forma de legitimar su presencia real como una potencia foránea en Europa, Asia Oriental y América Latina” (Buzan, 2004: 68, 69-70, 74, 103). El análisis de Buzan nos invita a observar por pares la relación de los Estados Unidos con cada una de las grandes potencias.

Gracias a su expansión en Europa Central y Oriental, la UE cuenta con un PIB más grande que el de los Estados Unidos. Pero, como vimos anteriormente, el logro histórico de la administración Clinton fue preservar la posición de los Estados Unidos como potencia hegemónica en Europa, en particular, mediante la vinculación de la ampliación de la UE a la de la OTAN como un proceso integral de ampliación del mundo “euro-atlántico” hacia Eurasia. Esto no significa que no haya conflictos de intereses entre los Estados Unidos y los Estados más importantes de Europa, o que la situación actual pueda mantenerse indefinidamente. Francia y Alemania se opusieron a la invasión de Irak y se negaron, ostentadamente, a ayudar a la administración Bush a salir del lío posterior. La exitosa campaña de Washington

en 2005 para bloquear la decisión de la UE de poner fin al embargo de armas que se impuso a China después de la masacre de Tiananmen de junio de 1989, fue otro momento importante de tensión trans-Atlántica (Callinicos, 2005a: 122-123). La desdicha y la remoción del principal ideólogo neoconservador Paul Wolfowitz de la presidencia del Banco Mundial en mayo de 2007 fue debido a la insistencia del gobierno de Gran Coalición en Alemania, que vetó varios compromisos¹⁷. En abril de 2008, Francia y Alemania frenaron la iniciativa de la administración Bush de admitir a Ucrania y a Georgia en la OTAN.

No hay razones estructurales para dudar de que la UE se convierta, en el corto plazo, en una de las principales “competidoras equivalentes” de los Estados Unidos.

Este cambio dependerá de que el desarrollo de las capacidades militares de la UE sea equivalente a su poder económico. La idea, alentada por el autor del concepto, Joseph Nye (2002), de que Estados Unidos debería centrarse en el ejercicio de poder blando –influencia ideológica y cultural– no tiene en cuenta que, para decirlo en términos gramscianos, la hegemonía y la dominación son interdependientes. La crisis de legitimidad que Estados Unidos reconoce haber experimentado gracias a la invasión de Irak habría sido mucho menos grave si la ocupación se hubiese logrado. Pero el desarrollo de las capacidades de Europa comparable, en la proyección de poder, al de las de Estados Unidos se enfrenta a obstáculos formidables. En primer lugar, el incremento necesario y costoso de los gastos militares sería muy difícil de asegurar políticamente, en un momento en que la implementación de las “reformas” neoliberales provocó una masiva resistencia social en defensa del Estado de Bienestar. En segundo lugar, Estados Unidos demostró, además, ser altamente sospechoso, incluso de las tentativas más modestas de la UE de crear sus propias capacidades militares, y se puede esperar que reaccione de una manera extremadamente hostil a cualquier paso serio hacia la independencia de la seguridad europea. Por último, como indica la invocación notoria de la “Nueva Europa”, de Donald Rumsfeld, en la víspera de la guerra de Irak, la estructura política de la UE ofrece a Washington muchas oportunidades para “dividir y gobernar” –y no sólo a Washington: con referencia al suministro de energía y el Cáucaso, Moscú ha sido capaz de poner a algunos Estados europeos en contra de otros–. La UE es, como la denominó

17 Ver, por ejemplo, *Financial Times* (2007). La polémica espléndida de Perry Anderson es un correctivo valioso a las revelaciones jactanciosas de la UE acerca de su “poder blando”, pero exagera la subordinación de Bruselas a Washington (2007a).

admirablemente Claude Serfati, una “configuración híbrida”: a pesar de que ha desarrollado algunas dimensiones de las funciones de un Estado Federal (tal vez, la más importante sea la relacionada con el comercio internacional), la UE aún toma la mayoría de sus decisiones más importantes mediante un proceso de negociación institucionalizada entre Estados, marcada por la aserción de los intereses nacionales, que a menudo difieren de forma significativa. Gran Bretaña tiene un papel particularmente importante que desempeñar, ya que su capacidad militar y su posición estratégica en el sistema financiero internacional, casi con seguridad sea indispensable para cualquier intento de transformar la UE en una superpotencia, pero sus administradores estatales siguen impulsando la primera estrategia adoptada por Churchill en 1940-1941 de tratar de mantener su papel mundial por medio de la estrecha alianza con Estados Unidos. Nada de esto significa que la UE no pueda desempeñar un papel imperial más activo, asumiendo mayores responsabilidades militares, sobre todo en su propia periferia y en el África subsahariana; Herfried Münkler afirma, y predice, que “el futuro de Europa no podrá prescindir del préstamo del modelo imperial”. Pero este desarrollo tiene más probabilidades de manifestarse con Estados Unidos que en oposición a él (Serfati, 2004: caps. 8 y 9, especialmente pág. 198; Münkler, 2007: 167)¹⁸.

Aparentemente, resulta menos probable que el Japón se desate pronto de la hegemonía estadounidense. Taggart Murphy sostiene que el actual sistema de Bretton Woods II —que une a los Estados Unidos y Asia del Este— es, de hecho, sólo la versión más reciente de una estrategia de largo plazo, perseguido por los administradores del Estado japonés desde la Restauración Meiji, de alinearse con la potencia dominante, Gran Bretaña hasta la década del treinta y los Estados Unidos después de 1945, en particular desde la fusión del partido en 1955 que inauguró el dominio del Partido Democrático Liberal:

La fusión se realizó para prevenir cualquier posibilidad de que los izquierdistas lleguen al poder, algo en que los Estados Unidos insistieron, efectivamente, como condición para poner fin a la ocupación. Pero el sistema de 1955 también incluyó la sublimación de todos los otros objetivos nacionales en una devoción centrada en el crecimiento económico y la anuencia de la «alianza»

18 La bifurcación geoestratégica de la UE se refleja en su industria de armamentos, que está dominada por el consorcio franco-alemán del EADS y el británico BAE Systems que, a pesar de que ha pujado con éxito por tener estatus de proveedor preferido del ejército británico, en los últimos años ha intentado convertirse en uno de los principales productores de armas estadounidenses.

entre Estados Unidos y Japón. El objetivo era construir una superpotencia industrial bajo la protección militar estadounidense y dentro de un marco financiero mundial centrado en un dólar estable. Estados Unidos necesita hoy al Japón en un grado mucho mayor que Gran Bretaña en su momento. Las empresas de Japón fabrican una amplia gama de componentes y productos terminados de alto valor agregado de los cuales depende por completo la supremacía militar y tecnológica estadounidense. El papel central continuado de Japón de financiar déficits de comercio y gobierno de Estados Unidos y apuntalar un orden internacional centrado en el dólar es [...] la explicación clave de la capacidad de Washington para proyectar y mantener un establecimiento militar, mundial y vasto sin aplastar las cargas fiscales nacionales. Desde mediados de los setenta, en cada fase de la crisis cuando se creía que las agitaciones en el mercado de divisas podían forzar a Estados Unidos a vivir por sus propios medios, fue la elite japonesa la que actuó para apoyar al dólar, al régimen de Bretton Woods II y, por extensión, a la continuación de la hegemonía estadounidense [...]. Cualquier alternativa exigiría una reconsideración fundamental de los supuestos del sistema de 1955, y arriesgarse a fomentar otra lucha peligrosa y debilitante dentro de la élite [tal como los conflictos del período de entreguerras que impulsaron a Japón a su colisión desastrosa con Estados Unidos] (Murphy, 2006)¹⁹.

Pero si la subordinación estratégica de Tokio a los Estados Unidos proporcionó a los administradores estatales y capitalistas de Japón la seguridad y las condiciones financieras que les permite sostener un modelo económico basado en la acumulación vía exportaciones, su mantenimiento también fue perseguido por Washington, y no sólo por las razones destacadas por Murphy. Japón tiene un papel fundamental que desempeñar en lo que parece ser la estrategia dominante de los Estados Unidos hacia China, a saber, rodearla con los poderes alineados a los Estados Unidos. La misma motivación fue la base de la decisión de la administración Bush en marzo de 2006 de abandonar la prolongada política de Estados Unidos de oponerse al desarrollo de armas nucleares en la India y cerrar un trato de prestación de ayuda a Nueva Delhi para mejorar su programa de energía nuclear. Según el *Washington Post*, “partidarios del acercamiento dijeron que era una parte importante de

|||||

¹⁹ Ver también Murphy (2000) y McCormack (2004).

la estrategia de la Casa Blanca para acelerar la subida de Nueva Delhi como potencia mundial y como contrapeso regional a China. Como parte de la estrategia, la administración también está buscando formas de reforzar la postura de Japón en el región» (Van de Hei et al., 2006). Como vimos anteriormente, Rusia fue contenida por medio de una estrategia de cerco análoga. La confianza de los administradores del Estado ruso fue impulsada por los ingresos generados por el auge de la energía de la década actual y por la reconquista, de Putin, del control político sobre las industrias de exportación dominantes y una política más intensa de afirmación nacional. Sin embargo, Rusia, con una población en declive, al igual que su participación del PIB mundial, y privada de regiones económica y estratégicamente cruciales tales como Ucrania y Azerbaijón, no está en posición de montar un desafío global a Estados Unidos; pero, como la guerra de agosto de 2008 con Georgia mostró, Moscú está lista para demostrar su potencia militar para explotar despiadadamente la preocupación de los Estados Unidos con Irak y Afganistán y de limitar la invasión occidental en sus fronteras (Haynes, 2007).

La hegemonía continua de Estados Unidos sobre las otras regiones de capitalismo avanzado proporciona un respaldo considerable para la conclusión de Serfati: “No hay riesgo de que las rivalidades económicas intercapitalistas entre los países de la zona transatlántica se desplieguen en enfrentamientos militares, como fue el caso de las rivalidades interimperialistas del siglo XX que terminó en guerras mundiales”. Serfati identifica tres factores que hacen improbable la guerra interimperialista: la superioridad militar aplastante de los Estados Unidos; la interdependencia de las economías avanzadas; y la solidaridad política que une a los principales Estados del Atlántico (Serfati, 2004: 184). Se podría añadir también el desarrollo de las armas nucleares, por decirlo suavemente, como otro desaliento para ir a la guerra como medio de resolución de conflictos económicos o geopolíticos. La potencia militar de los Estados Unidos sigue siendo proyectada hacia el exterior, en el nombre de la “comunidad internacional”, más allá de las fronteras del capitalismo avanzado en las zonas fronterizas peligrosas. Estas guerras y los protectorados que produjo –Bosnia, Kosovo, Afganistán e Irak– representan los esfuerzos para manejar lo que Brzezinski llama “los Balcanes eurasiáticos” –la región extensa, inestable, pero rica en energía– que se extiende desde el sudeste de Europa y el cuerno de África hacia el este en Asia Central, Afganistán y Paquistán (Brzezinski, 1998: Cap. 5). La “guerra contra el terrorismo” (que sobrevivió a la administración de Bush Jr.), legitimada por el retroceso producido por intervenciones anteriores en esta región, ahora

proporciona un marco para otras intervenciones, que sin duda generará nuevas formas de retroceso, en un ciclo infernal.

Perry Anderson sugiere que la disposición resultante representa un acuerdo mundial de las potencias comparables al establecido en Europa por Metternich y Castlereagh al final de las guerras napoleónicas:

La primacía estadounidense impone una serie de *faux frais* a sus socios que es poco probable que disminuya. Pero, precisamente porque no hay coincidencia automática entre los intereses particulares de los Estados Unidos y los intereses generales del sistema, se requiere un manejo apropiado del acuerdo entre potencias para un ajuste de tensiones entre ellas. El ajuste nunca será perfecto, y los mecanismos para lograrlo aún tienen que ser formalizados: la presión y la contrapresión se entrelazan en un proceso de negociación que es desigual pero no insustancial. Hasta la fecha, sin embargo, los huecos y los bordes ásperos en el sistema no amenazaron seriamente la legitimidad emergente de la “comunidad internacional” como sinfonía del orden capitalista mundial, incluso con un conductor algo errático (Anderson, 2007b: 11)²⁰.

Esto parece demasiado fuerte. En primer lugar, subestima el grado del conflicto entre los Estados capitalistas principales. El impacto combinado del crecimiento lento continuado en la base del sistema y de una distribución mundial de desplazamiento del poder económico es susceptible de crear presiones centrífugas significativas sobre los principales bloques del capital que, nunca debe ser olvidado, están en competencia unos con otros. Mantener la cohesión política del mundo capitalista avanzado y la hegemonía de Estados Unidos sobre él no es (como atribuye Anderson) un efecto automático de un sistema autoequilibrante. Requiere un esfuerzo político creativo continuo de parte de Estados Unidos y, en particular, la aplicación exitosa de estrategias de “divide y reinarás” en la región occidental y extremos orientales de la masa continental de Eurasia, donde se encuentran las dos zonas de capitalismo avanzado fuera de Estados Unidos. Los numerosos textos

|||||

20 Sobre Metternich y Castlereagh ver la brillante tesis doctoral de Kissinger (1957). Anderson expresa de manera aguda y elegante el punto de vista de muchos académicos radicales, pero sobre todo Panitch y Gindin (2003; 2004; 2005). Ver también mi intercambio con ellos en Callinicos (2005a; 2006a) y Panitch y Gindin (2006). Gopal Balakrishnan (2005) plantea, pero no responde, algunas preguntas interesantes sobre la relación entre el capitalismo y la geopolítica hoy.

de los intelectuales estadounidenses de la política testimonian esta realidad y hasta qué punto preocupa a los administradores estatales de los Estados Unidos. La estrategia de la seguridad nacional de 2002 de la administración Bush contiene los siguientes pasajes célebres: “Estamos atentos a la posible renovación de los viejos patrones de la competencia de la gran potencia. Varias de las probables grandes potencias están ahora en medio de una transición interna –fundamentalmente Rusia, India y China–. [...] Nuestras fuerzas serán lo bastante fuertes como para disuadir a adversarios potenciales de seguir una escalada militar con la esperanza de superar o igualar el poder de los Estados Unidos”²¹.

Esto no es mera jactancia *neoconservadora* sino que representa la visión establecida de los responsables políticos estadounidenses, de todos los partidos. Zbigniew Brzezinski es un ejemplo particularmente evidente: crítico abierto del unilateralismo de Bush Jr., es el autor de *The grand chessboard* (1998), que se lee como un manual del orden imperial, menos en sus prescripciones detalladas que en la perspectiva estratégica general que representa, con la atención dedicada a mantener la hegemonía de Estados Unidos en Europa y en el Extremo Oriente, para evitar que se desarrolle una alineación entre China y Japón.

En segundo lugar se encuentra el caso de China, por supuesto, que Serfati reconoce que es una excepción a la cohesión general del mundo capitalista avanzado. La expansión económica de China, probablemente en el curso de las dos décadas siguientes, la convierta en el Estado más poderoso de la región más dinámica del capitalismo mundial. Está fuera del sistema de alianzas de Estados Unidos; la asociación estratégica entre Washington y Pekín contra Moscú en las últimas décadas de la Guerra Fría es ahora una memoria histórica. La cúpula del PCCh definió los objetivos nacionales, en particular con respecto a la reabsorción de Taiwán en la República Popular China, que son la fuente de conflicto potencial con los Estados Unidos. Por otra parte, el ascenso de China ya está desestabilizando el modelo existente de relaciones mundiales. Al complejo Wall Street-Tesoro de Estados Unidos-FMI le inquieta cada vez más la propagación de las inversiones y los préstamos chinos en el Sur mundial, que da acceso al capital a los países más pobres y no requiere del confinamiento dentro de las condiciones neoliberales exigidas por el Banco Mundial a cambio de sus préstamos. Por otro lado, Pekín dio a Moscú mayor espacio: China y Rusia trabajan juntas en la Organización de Cooperación de Shangai, que mostró cierto éxito en limitar la expansión de los Estados Unidos

|||||

en Asia Central, por ejemplo, al tentar a Uzbekistán a salirse del ámbito de influencia estadounidense (aunque, por cierto, sus intereses están lejos de ser idénticos en esta región o en otro lugar). Algunos analistas de las relaciones internacionales detectaron el desarrollo de lo que llaman “suavidad que equilibra” contra los Estados Unidos, las maniobras diplomáticas diseñadas para bloquear iniciativas estadounidenses, pero que distaban mucho de la formación de una coalición de equilibrio; con el tiempo, tales tácticas probablemente que dependan en gran medida de la existencia de Pekín como centro de gravedad alternativo a Washington²². Esto no significa que los líderes chinos estén en camino

Cualquier comprensión del imperialismo contemporáneo que no tenga en cuenta las tensiones y las fracturas potenciales entre las potencias principales es peligrosamente unilateral.

de desafiar la hegemonía de los Estados Unidos. Presiden un país en que la mayor parte de su población sigue siendo muy pobre, a pesar del desarrollo económico de la última generación: sólo el 3% posee un vehículo con motor (Dyer, 2008b). La acumulación de las capacidades militares chinas, de las cuales el Congreso estadounidense ahora le requiere al Pentágono presentar un informe anual, es sin duda en parte para asegurar la vuelta eventual de Taiwán a la égida de Pekín y, en parte –y totalmente racional en la perspectiva de la dirección del PCCh– como una protección contra el acoso estadounidense. Sin embargo, independientemente de las intenciones de los directores del Estado chino, el renacimiento económico y la potencia militar china amenazan desestabilizar la hegemonía de los Estados Unidos.

Por otro lado, como los informes anuales indican, sus contrapartes estadounidenses perciben a China como una amenaza. Esto coincide totalmente con el pensamiento estratégico tradicional de Estados Unidos. Las “intenciones tienden a crecer con la capacidad para llevarlas a cabo”, señaló Paul Nitze, arquitecto de la gran estrategia estadounidense en el auge de la Guerra Fría, a la Comisión de inteligencia

del senado en 1980²³. Uno de los temas de la última Revisión Cuatrienal de Defensa del Pentágono en 2006 fue “hacer la elección de los países en los cruces estratégicos”. Según las notas de la Revisión, “de las grandes potencia emergentes, China tiene el potencial más grande para competir militarmente con Estados Unidos y para colocar las tecnologías militares perturbadoras que podrían, con el tiempo, compensar las ventajas militares tradicionales de Estados Unidos, y las contraestrategias ausentes de Estados Unidos”. Después de expresar la preocupación por el ritmo rápido de modernización militar china, el estudio continúa:

Estados Unidos trabajará para asegurar que todas las potencias, principales y emergentes, se integren como actores y partes interesadas constructivos en el sistema internacional. También intentará asegurar que ninguna potencia extranjera pueda dictar los términos de la seguridad regional o mundial. Intentará disuadir a cualquier competidor militar de desarrollar las capacidades perturbadoras, u otras, que podrían permitir la hegemonía regional o la acción hostil contra los Estados Unidos u otros países amigos, e intentará disuadir la agresión o la coerción. Si la disuasión fallara, los Estados Unidos negarían al poder hostil sus objetivos estratégicos y operativos (Departamento de Defensa, 2006: 29-30).

Una vez más, la percepción de Estados Unidos de que China sea una amenaza para su hegemonía, no implica que una colisión sea inevitable. Como ya se indicó, la estrategia estadounidense en Asia implica, particularmente, intentar mantener la subordinación estratégica de Japón y, más generalmente, desarrollar una coalición de los Estados capaces de contener a China. La estructura geopolítica fragmentada y competitiva de la región trabaja a favor de Washington. En este sentido, Buzan observa:

La posición regional de China tiene cierta semejanza a la de Alemania entre 1870 y 1945. Aunque sea un Estado grande y relativamente poderoso dentro de su región, muchos de sus vecinos son potencias formidables [...]. Dada la falta de recursos de poder blando entre sus vecinos y la sociedad internacional generalmente débil en el Este de Asia, China enfrenta la lógica (neo) realista de que sus vecinos se equilibrarían contra ella si su poder

|||||

material comenzara a parecer preponderante. Tal equilibrio podría significar que China enfrente serios obstáculos dentro de su región ante cualquier oferta por tener estatus de superpotencia. Dado los miedos históricos que provoca, su falta de legitimidad en la dirección de la región y la fuerza militar y económica, real y potencial, de sus vecinos, China bien podría esperar permanecer atrapada dentro de su región (Buzan, 2004: 115)²⁴.

Pero no es suficiente para cuestionar, como lo hace Anderson, que las tensiones que resumí pueden ser contenidas por la interdependencia económica de los Estados capitalistas principales. En tal acuerdo, las relaciones de un Estado con otro es posible que permanezcan debajo del umbral del antagonismo, según lo definido en la teoría clásica de contradicciones, debido al entrelazamiento universal de los mercados comerciales y financieros en una era posnuclear (Anderson, 2007b: 11). Tales discusiones tienen un árbol genealógico, que se remonta incluso antes de la teoría de Kautsky del ultraimperialismo al *best seller* de 1909, *The great illusion*, de Norman Angell, que sostuvo que la integración económica global había convertido en obsoleta a la guerra. Los treinta años de guerra de 1914-1945 destrozaron tales esperanzas. Gran Bretaña era el mercado de exportación más importante de Alemania antes de 1914, mientras que la City de Londres se benefició grandemente de los servicios (préstamos, seguros, envíos, etc.) que proporcionó a Alemania; esto no previno que se desarrollara un conflicto de época entre los dos Estados (Kennedy, 1980: Cap. 15). Mientras que la industrialización de Japón comenzó a madurar después de 1900, los Estados Unidos se convirtieron en su socio comercial clave, proveedores de mercancías industriales avanzadas y materias primas, y abarcando el 35% de las exportaciones japonesas durante los años veinte; la intimidad misma de las relaciones económicas estadounidenses-japonesas demostró, finalmente, ser un factor de desestabilización, puesto que la imposición de la administración de Roosevelt de un embargo petrolero a Japón desempeñó en julio de 1941 un papel importante en la decisión de Tokio para iniciar la guerra preventiva (Beasley, 1987: 126-127). Pero, en general, un estudio empírico cuidadoso sugiere que la mayor interdependencia económica entre los Estados los hace mucho menos propensos a involucrarse entre sí en conflictos militarizados (Barbieri, 2002).

24 Para encuestas de las rivalidades geopolíticas en Asia contemporánea, ver Calder (1997) y Emmott (2008). Hay una interesante discusión sobre los debates entre los intelectuales de la política estadounidense con respecto a las estrategias alternativas para contener a China en Arrighi (2007: Cap. 10).

Tampoco es convincente, como lo hacen Anderson y otros, citar el predominio del régimen político-económico neoliberal como fuerza que mantiene unidas a las principales potencias. En primer lugar, China y, hasta cierto punto, todos los capitalismos de Asia del Este siguen siendo casi una anomalía dentro de este régimen; su participación en Bretton Woods II implica el rechazo a la tasa cambiaria flotante, transgrediendo la panacea neoliberal; por otra parte, como hemos visto, el camino de la acumulación China sigue dependiendo de una fuerte dosis de capitalismo de Estado. En segundo lugar, el régimen es lo suficientemente apático como para dar cabida a diferentes estrategias; las reacciones divergentes de la Reserva Federal de los Estados Unidos y del Banco Central Europeo a la contracción del crédito 2007-2008 –uno reduce las tasas de interés drásticamente, el otro las baja ligeramente por temor a alimentar expectativas inflacionarias– son la última instancia de un modelo mucho más prolongado, que se remontan al menos a la tentativa de Washington de persistir con políticas keynesianas y de devaluar agresivamente el dólar durante el inicio de la crisis económica en los años setenta, mientras que Bonn adhirió a una política fuertemente contrainflacionaria del marco alemán²⁵. Finalmente, el hecho de que los Estados compartan un régimen de política económica no los previene de desarrollar los antagonismos más serios: todos las potencias beligerantes en 1914 seguían las políticas fiscales y monetarias ortodoxas exigidas por el patrón oro; similarmente, el cambio generalizado al capitalismo de Estado en respuesta a la Gran Depresión de los años treinta era un factor que fomentaba la guerra más que prevenirla.

Por supuesto, no hay razón para asumir que la historia se repetirá. Pero cualquier comprensión del imperialismo contemporáneo que no tenga en cuenta las tensiones y las fracturas potenciales entre las potencias principales es peligrosamente unilateral. Esto es particularmente cierto cuando se trata de evaluar la estrategia global seguida por los Estados Unidos. La discusión reciente se centró, por supuesto, en las políticas llevadas a cabo bajo Bush *filis* después del 9/11, y particularmente de la guerra de Irak. Como Anderson cita correctamente, “prácticamente todos los comentarios en Europa, por no decir que la mayor parte en Estados Unidos, ahora se refieren a la guerra como una aberración totalmente irracional, producto tanto de intereses especiales tuertos (compañías petroleras o empresas en general) como de los defensores ideológicos desquiciados (neoconservadores cabales) en Washington”. Ofrecerá su propia versión de este

|||||

tipo de diagnóstico endosando la invocación de John Mearsheimer y de Stephen Walt a la influencia del *lobby* de Israel en los Estados Unidos para explicar tal aberración:

Históricamente, sin embargo, una irracionalidad circunstancial –típicamente, una decisión gratuita pero fatal, como la declaración de guerra de Hitler a los Estados Unidos en 1941– es casi siempre producto de una irracionalidad estructural más grande. Así ocurrió con la Operación Libertad Iraquí. Simplificando, la realidad era –y es– ésta. Oriente Medio es una parte del mundo donde el sistema político de los Estados Unidos, tal como está constituido, *no puede actuar* de acuerdo con un cálculo racional de interés nacional, porque es habitado por otro interés. Toda su posición en el mundo árabe –y por extensión, musulmán– está comprometida por su ayuda, masiva y ostentosa, a Israel [gracias] al *lobby* israelí, extrayendo fuerza de la potente comunidad judía en los Estados Unidos, en el sistema político y de multi-medios estadounidense. No sólo este *lobby* distorsiona procedimientos “normales” de tomas de decisiones en todos los niveles donde se refiere a Oriente Medio. Hasta hace poco tiempo [...] ni siquiera podía ser mencionado en ningún ámbito de discusión principal: un tabú que, como con todas las represiones, inyectó otra dosis masiva de irracionalidad en la formación de política de los Estados Unidos en la región (Anderson, 2007b: 12-13, 15)²⁶.

La influencia del *lobby* de Israel en la distorsión y, en un grado significativo, la prevención del debate público serio sobre el mundo árabe y musulmán en los Estados Unidos es innegable. Pero concluir que los intereses israelíes dictan la política estadounidense, en una zona cuyas reservas de petróleo la convierten en la región más importante de la economía mundial fuera de la tríada misma, parece muy disparatado. El establecimiento de la hegemonía de los Estados Unidos en el Oriente Medio era uno de los objetivos dominantes de las administraciones sucesivas en los años cuarenta y cincuenta; y mantener esta hegemonía llevó a la adopción de la Doctrina Carter en 1980. La alianza con Israel proveyó a Washington la ventaja dual de poseer un aliado militar formidable en contener la amenaza para los intereses de los Estados Unidos en la región representada por el nacionalismo árabe y, más recientemente, el islamismo radical, y como Gilbert Achcar lo expresa, de proveer a Estados Unidos las “ventajas políticas en los países árabes

|||||

26 Ver también Mearsheimer y Walt (2006; 2007).

mostrando que tenía control sobre la correa del perro guardián”. Donde los intereses estadounidenses e israelíes divergieron, Washington estuvo dispuesto a ejercer presión, como, por ejemplo, la administración de Bush *pere* hizo a principios de los noventa para impulsar al gobierno israelí reacio al “proceso de paz” con los palestinos, y como el Pentágono ha hecho bajo Clinton y Bush Jr. de forzar a Israel a cancelar la venta de armas a China. Los *neocons* que formularon la estrategia mundial de los Estados Unidos bajo Bush *filis* tenían una relación particularmente íntima con la derecha israelí, pero incluso aquí es importante destacar la convergencia de intereses, ya que ambos gobiernos hicieron frente a una situación de deterioro en Oriente Medio, que se inició con la insurgencia de la segunda *intifada* palestina en septiembre de 2000 y el aumento de dificultades que Washington encontró en el mantenimiento de la ayuda internacional para su política de contención dual dirigida al régimen republicano islámico en Irán e Irak bajo el Ba’ath (Achcar, 2004: 18-19)²⁷.

La respuesta eventual de George W. Bush a esta situación —imponer el cambio del régimen en Irak invadiendo y ocupando el país— se inscribe en el contexto de la estrategia mundial de los Estados Unidos después de la Guerra Fría. La deriva hacia la realización de objetivos de la política exterior por el uso unilateral de la fuerza militar era perceptible bajo la administración Clinton en los años noventa. A pesar del compromiso de Clinton de “asociación estratégica” con Pekín, cuando el Ejército de la Liberación del Pueblo realizó pruebas con misiles en el estrecho de Taiwán en marzo de 1996, envió dos grupos de portaaviones cerca de Taiwán; el bombardeo aéreo de Irak en 1998 fue realizado sólo por Estados Unidos y Gran Bretaña, prefigurando la invasión de 2003; la campaña del bombardeo de la OTAN contra Serbia en 1999 fue orquestada sin la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU. La red global de los cinco comandos de combate unificados de Estados Unidos (el más conocido, el Comando Central, cubre el cuerno de África y Asia occidental) asumió cada vez más un papel político, con los jefes de estos comandos usurpando parcialmente las funciones diplomáticas de un Departamento de Estado debilitado. Una manera de entender este proceso de militarizar la política exterior estadounidense es considerarla como una tentativa de utilizar una de las ventajas comparativas principales

27 Ver también el debate admirablemente lúcido sobre el *lobby* de Israel en Chomsky y Achcar (2007: Cap. 3); y para los conflictos del gobierno de Bush padre con Israel ver Shlaim (2001: Cap. 12) y Freedman (2008: Cap. 13).

de Estados Unidos –su abrumadora fuerza militar sobre todos los otros poderes combinados– como manera de mantener la hegemonía de Washington en una economía global cada vez más pluralista. Ya a mediados de la década del noventa, en el tope de las celebraciones de la elite por la globalización neoliberal, la doctrina estratégica del Pentágono fue orientada para mantener la supremacía militar de Estados Unidos sobre el resto de los otros poderes y la preparación para la guerra contra China y Rusia. Llama la atención el grado que la preocupación por manipular a los poderes económicos en aumento, especialmente de China, formó el pensamiento Wolfowitz, el más

Los Estados Unidos siguen siendo el poder capitalista dominante, pero conservan esta posición como resultado de los considerables esfuerzos que tienen que emprender para mantener su hegemonía en tres regiones clave –Europa, Asia del Este y el Oriente Medio–.

importante ideólogo neoconservador y uno de los principales arquitectos de la guerra de Irak. La conquista de Irak jugó, así, una triple función. Primero, demostró que la supremacía militar de los Estados Unidos serviría como recordatorio del costo de desafiar la hegemonía estadounidense. George Friedman sostiene que, después del 9/11, “Estados Unidos necesitó una victoria militar de proporciones sustanciales. Esta no fue conducida por deseos sanguinarios o una cierta mentalidad de *cowboy*. Era una cuestión de credibilidad (2004: 246).

En segundo lugar, al conquistar Irak, Estados Unidos afianzaría la dominación sobre Oriente Medio, cuyas reservas de petróleo tendrán creciente importancia económica en las próximas décadas, según mostraron numerosos estudios, particularmente para la UE, Japón, China y la India –es decir, para todas las “potencias principales y emergentes” cuyas “opciones” Washington está impaciente por formar–. Aparte de las ventajas económicas directas que pueden ganar las compañías petroleras estadounidenses (y británicas) por ocupar Irak; el dominio más estrecho de lo que David Harvey denomina la “válvula mundial del petróleo” que la invasión daría a Estados Unidos, aumentaría su influencia sobre su rivales hegemónicos potenciales (Harvey, 2003: 19 y 25). En tercer lugar, y más especulativamente, la instalación de capitalismo liberal en Irak sería el comienzo de una “revolución

democrática” en Oriente Medio que podría dar raíces sociopolíticas seguras a la alineación de los regímenes locales con occidente²⁸.

Todo esto ahora está en ruinas, por supuesto, gracias a la resistencia temeraria con la cual se encontró la ocupación de Estados Unidos-Gran Bretaña en Irak. La “oleada” numerosa de tropas estadounidenses en Irak en 2007-2008 y las tácticas tales como alianzas locales con las milicias Sunni que lo acompañaron pudieron haber traído un grado de estabilidad a una situación militar que, particularmente después del bombardeo de la mezquita de oro chiíta en Samarra en febrero de 2006, se ha ido deteriorando estrepitosamente. Pero no existen pruebas de que Estados Unidos haya mejorado significativamente su capacidad de alcanzar un acuerdo político perdurable de largo plazo en Irak que sea favorable a sus intereses²⁹.

El diseño más amplio de “revolución democrática” en el Oriente Medio expiró en 2006, con la victoria de Hamas en las elecciones parlamentarias palestinas y con la derrota de Hezbollah a las fuerzas de defensa de Israel en la invasión del Líbano. Pero el fracaso de la política, mientras que es indicativo de la arrogancia con la cual fue concebida, no significa que fuera simplemente irracional; ni hace al hecho que fue disputada extensamente dentro de la clase dirigente estadounidense. Como argumenté, la articulación de los intereses de un Estado es necesariamente un proceso de disputas, en el cual diversos grupos articulan el equilibrio entre lo que Max Weber denominó los intereses materiales y los ideales, que ofrece representaciones rivales y cómo anticiparlas mejor. Por otra parte, los parámetros del desacuerdo

28 Acerca de la doctrina militar de Estados Unidos bajo el gobierno de Clinton, ver el trabajo, notablemente profético, de Achcar (1995). Para la militarización de la política exterior de Estados Unidos en la década del noventa, ver Bacevich (2002) y Priest (2003). La perspectiva geopolítica de Wolfowitz se resume en su trabajo de 1997. James Mann (2004) ha escrito un excelente estudio sobre los neoconservadores. Yo ofrezco una interpretación más detallada de los orígenes de la Guerra de Irak en Callinicos (2003b; 2005b). Ver también el análisis incisivo de Rees (2006). El grupo de académicos radicales, que escriben bajo la denominación “Rétort”, ofrece algunas ideas sugerentes en su libro *Afflicted powers* (2005); pero su interpretación de la guerra al servicio de los intereses de los Estados Unidos: “petróleo-armas-militares-ingeniería-construcción-finanzas-nexos entre drogas” (pág. 71) no es convincente, en parte porque la lista completa carece de poder explicativo, en parte porque niega cualquier papel a la geopolítica.

29 Ver Bacevich (2008) y Cockburn (2008a; 2008b; 2008c). Naomi Klein sostiene que “la reconstrucción de Irak [...] ha sido todo, excepto [una falla] para el complejo capitalismo del desastre (Halliburton, Blackwater & Co), marcando el violento nacimiento de una nueva economía, un modelo neoliberal de privatización de la guerra y la reconstrucción” (2007: 381, 382). Un análisis que captura parte de la verdad pero que ignora el daño inmenso que la ocupación ha hecho a la posición geopolítica de los Estados Unidos.

se establecieron relativamente estrechos en el caso de Irak. Brzezinski fue particularmente un crítico riguroso de la administración Bush, pero el empuje principal de su polémica fue dirigido menos al recurso de la fuerza que al fracaso por involucrar a la UE en su conjunto, considerando que la primacía estadounidense requiere de Europa como socio menor (Brzezinski rechaza la idea de “un perfecto equilibrio 50-50 de colaboración” como “un mito”) “Europa puede reforzar la potencia militar de los Estados Unidos, mientras que los recursos económicos combinados de los Estados Unidos y de la UE harían a la Comunidad Atlántica omnipotente”. Brzezinski también demuestra con claridad la comprensión de la significación geopolítica del petróleo de Oriente Medio que, Harvey y yo argumentamos, formó la decisión para invadir Irak: “No sólo Estados Unidos saca ventaja económica de los costos relativamente bajos del petróleo de Oriente Medio, pero el papel de la seguridad de Estados Unidos en la región le da influencia indirecta, pero políticamente crítica, en las economías europeas y asiáticas que son también dependientes de las exportaciones de energía de la región” (Brzezinski, 2004: 221-263). Las diferencias dentro de la elite política estadounidense son más de táctica o de énfasis que de principio o estrategias. La importancia de este análisis es que, a pesar de la temeridad y la incompetencia que rodeaban la invasión estadounidense a Irak, el episodio reveló características estructurales profundamente arraigadas, al cual es correcto aún denominar el sistema imperialista. Los Estados Unidos siguen siendo el poder capitalista dominante, pero conservan esta posición como resultado de los considerables esfuerzos que tienen que emprender para mantener su hegemonía en tres regiones clave –Europa, Asia del Este y el Oriente Medio–. Hay tres razones para creer que esta situación es inestable. Primero, la distribución global cambiante del poder económico puede limitar los recursos estadounidenses y ampliar las opciones de otros Estados principales. Es importante subrayar que esto es un proceso de largo plazo y que los Estados Unidos siguen siendo, en comparación con cualquier otro poder, punteros en capacidades económicas y militares. Pero, una vez que se descuenta el “bombo”, el hecho es que un mundo cada vez más centrífugo se está volviendo, progresivamente, cada vez más arduo de manejar para Washington. En segundo lugar, la economía mundial no es, como quieren los ideólogos del neoliberalismo, una fuente de crecimiento y prosperidad ilimitada. Como la reducción del crédito y sus consecuencias mostraron, reflejando las tendencias estructurales del modo de producción capitalista, puede ser una poderosa fuerza de desestabilización por derecho propio, con consecuencias incalculables en la configuración geopolítica mundial.

Finalmente, la propensión de los Estados Unidos a sucumbir a la tentación de perpetuar su hegemonía explotando dos de sus ventajas clave –su superioridad militar y su papel como el orquestador de las instituciones internacionales y regionales principales– puede rebotar gravemente. Irak es el ejemplo más obvio, pero la crisis internacional que se desarrolló como resultado de la guerra entre Rusia y Georgia en agosto de 2008 es otro. La búsqueda imprudente de la expansión de la OTAN para ampliar, profundamente, la influencia de Washington en Eurasia y para cercar a Rusia provocó una respuesta totalmente predecible de Moscú, cuyos recursos fueron impulsados por el auge en los costos energéticos y sus capacidades militares reconstruidas desde las humillaciones de la era Yeltsin. La crisis destacó cómo la invasión de Irak debilitó a Estados Unidos, atando la mayor parte de sus activos militares y privando de plausibilidad sus denuncias de la violación de Rusia de la soberanía nacional georgiana. El episodio también demostró que aquello que los marxistas clásicos llamaron las rivalidades interimperialistas siguen siendo una característica del sistema internacional contemporáneo, incluso si la forma que toman no es la misma, como he intentado mostrar, que era en la primera mitad del siglo XX. Como George Friedman lo planteó, “todo esto significa básicamente que Rusia emerge como gran potencia. No una potencia mundial como solía ser, sino un poder que tiene que ser tomado muy seriamente” (citado en Cooper, 2008)³⁰.

Por tanto, el mundo en el siglo XXI es poco probable que se caracterice por un acuerdo consensual de las potencias disfrutando de la prosperidad neoliberal. Por otra parte, esto no es debido a un proceso cíclico atemporal en el cual los imperios emergen y sucumben. Por el contrario, refleja la impronta específica que el capitalismo dio a la geopolítica moderna. El remedio, por lo tanto, no es *más* capitalismo (como los apologistas liberales clamarían), sino el reemplazo del capitalismo por una alternativa democrática y progresiva.

Este estudio del imperialismo y cómo teorizarlo vio sistemáticamente el mundo desde arriba. No tengo ninguna disculpa por haber hecho esto. El imperialismo capitalista es un sistema de dominación y de explotación que trabaja en ventaja de un estrato relativamente estrecho en la parte superior, especialmente de los Estados capitalistas avanzados. Las estrategias para mantener este sistema o alterarlo en ventaja de un Estado particular o una coalición de Estados se conciben

|||||

30 Friedman (2008) ofrece un análisis más amplio e interesante. Agradezco a Craig Brandist por estas referencias.

y se ejecutan, nuevamente, en la parte superior. La idea, articulada por los laboristas italianos de los años sesenta y setenta y aun afirmada por Toni Negri, de que *las estructuras y las transformaciones* del capitalismo dependen de iniciativas creativas desde abajo, de los explotados y oprimidos, es falsa (Callinicos, 2006b: Cap. 4).

Nada de esto se piensa para reducir la resistencia al imperialismo. Por el contrario, este texto está escrito por un participante en el movimiento internacional contemporáneo contra la “guerra contra el terrorismo” y las ocupaciones de Irak y de Afganistán. Cualquier conocimiento del registro histórico confirmará la significación de la resistencia a las aventuras imperiales específicas y al sistema en sí mismo. La conclusión de ambas guerras mundiales fue marcada profundamente por la interacción entre la rebelión en las colonias y los levantamientos de la izquierda revolucionaria y radical en Europa; de forma espectacular, pero en menor escala, algo similar sucedió durante la guerra de Vietnam a fines de los años sesenta. Las mismas dinámicas todavía trabajan hoy. El poder obstinado de la resistencia nacionalista de doblegar incluso a los Estados más poderosos se ha afirmado nuevamente en Irak —no obstante, bajo banderas muy distintas que las de los movimientos anticoloniales seculares de mediados del siglo XX—. Y, muy inesperado, nuevas convergencias de antiimperialismo y anticapitalismo emergieron como nuevos movimientos internacionales de resistencia a la globalización neoliberal, que llegó a ser visible en las demostraciones en Seattle y Génova. Éstos proporcionaron la plataforma de lanzamiento para las protestas transnacionales gigantes contra la invasión de Irak en los primeros meses de 2003³¹.

La historia de las luchas del pasado y la trayectoria de los movimientos contemporáneos plantean muchas cuestiones importantes de principios, de estrategias y de tácticas. No fue mi objetivo consignarlos aquí. Pero creo que aquellos que buscan un mundo social diferente podrán favorecer sus esfuerzos con una mejor comprensión de la naturaleza del sistema que enfrentan. He intentado que este texto contribuya a tal comprensión. De este modo, espero también haber demostrado la clase de aporte analítico que la teoría social marxista todavía tiene en el siglo XXI. Cuán exitosamente he logrado estos objetivos, me complace dejarlo para que otros lo juzguen, pero la importancia de los temas debatidos aquí parece innegable. Conocer al imperio es parte de combatirlo.

31 Sobre esta nueva convergencia, ver Rees (2006: Cap. 7); para leer más del movimiento *altermundista*, consultar Callinicos (2003a; 2004) y Callinicos y Nineham (2007).

Bibliografía

- Achcar, G. 1995 "The strategic triad: the United States, Russia, and China" en *New Left Review*, Vol. 1, N° 228.
- Achcar, G. 2000 "Rasputin plays at chess: how the west blundered into a new Cold War" en Ali, T. (ed.) *Masters of the Universe: NATO's Balkan Crusade* (Londres: Verso).
- Achcar, G. 2004 "US imperial strategy in the Middle East" en *Eastern Cauldron* (Nueva York: New York University Press).
- Anderson, P. 1987 "The figures of descent" en *New Left Review*, Vol. 1, N° 161.
- Anderson, P. 2007a "European hypocrisies" en *London Review of Books*, 20 de septiembre.
- Anderson, P. 2007b "Jottings on the conjuncture" en *New Left Review*, Vol. 11, N° 48.
- Arrighi, G. 1994 *The long twentieth century* (Londres: Verso).
- Arrighi, G. 2007 *Adam Smith in Beijing* (Londres: Verso).
- Ashman, S. 2006 "Globalization as uneven development", Tesis doctoral, Universidad de Birmingham.
- Atkins, R. 2008 "Onwards and upwards" en *Financial Times*, 31 de diciembre.
- Authers, J. 2008 "Smiling dollar" en *Financial Times*, 4 de septiembre.
- Bacevich, A.J. 2002 *American empire* (Cambridge: Harvard University Press).
- Bacevich, A.J. 2008 "Surge to nowhere" en *Washington Post*, 20 de enero.
- Balakrishnan, G. 2005 "States of war" en *New Left Review*, Vol. 11, N° 36.
- Banco Mundial 2008 "World development indicators" en <www.siteresources.worldbank.org>.
- Barbieri, K. 2002 *The liberal illusion: does trade promote peace?* (Ann Arbor: University of Michigan Press).
- Beasley, W.G. 1987 *Japanese imperialism, 1894-1945* (Oxford: Oxford University Press).
- Bond, P. 2006 *Looting Africa: the economics of exploitation* (Londres: Zed Books).
- Borden, T.S. 1984 *La Alianza del Pacífico* (Madison) N° 29.
- Brenner, R. 2002 *The boom and the bubble: the US in the world economy* (Londres: Verso).
- Brenner, R. 2004 "New boom or new bubble?" en *New Left Review*, Vol. 25, N° 11.
- Brenner, R. 2006a *The economics of global turbulence* (Londres: Verso).
- Brenner, R. 2006b "What is, and what is not, imperialism?" en *Historical Materialism*, Vol. 14, N° 4.
- Brenner, R. 2007a "Documento", Conferencia Materialismo Histórico, 10-11 de noviembre.
- Benner, R. 2007b "Imperialism and neoliberalism". Ponencia presentada en la Conferencia *Historical Materialism*, Londres, 10 de noviembre.
- Brewer M. et al. 2008 "Poverty and inequality in Britain: 2008 en Institute of Fiscal Studies", junio. En <www.ifs.org.uk>.
- Bromley, S. 2005 "The United States and control of world oil" en *Government and Opposition*, N° 40.
- Bronfenbrenner, K. y Luce, S. 2004 "The changing nature of corporate global restructuring", US-China economic and security review commission, 14 de octubre. En <www.uscc.gov>.
- Brown-Humes, C. 2006 "A grown-up Brady Bunch" en *Financial Times*, 2 de marzo.

- Brzezinski, Z. 1998 *The grand chessboard* (Nueva York: Basic Books).
- Brzezinski, Z. 2004 *The choice: global domination or global leadership* (Nueva York: Basic Books).
- Buzan, B. 2004 *The United States and the great powers: world politics in the twenty-first century* (Cambridge: Polity).
- Calder, K.E. 1997 *Asia's deadly triangle* (Londres: Nicholas Brealey Publishing).
- Callahan, D. 1990 *Dangerous capabilities: Paul Nitze and the Cold War* (Nueva York: HarperCollins).
- Callinicos, A. 2003a *An Anti-Capitalist Manifesto* (Cambridge: Polity).
- Callinicos, A. 2003b *The new Mandarins of American power* (Cambridge: Polity).
- Callinicos, A. 2004 "The future of the anti-capitalist movement" en Dee, H. (ed.) *Anti-capitalism: Where now?* (Londres: Bookmarks).
- Callinicos, A. 2005a "Imperialism and global political economy" en *International Socialism*, Vol. 2, Nº 108.
- Callinicos, A. 2005b "Iraq: Fulcrum of world politics" en *Third World Quarterly*, Vol. 26.
- Callinicos, A. 2006a "Making sense of imperialism: a reply to Leo Panitch and Sam Gindin" en *International Socialism*, Vol. 2, Nº 110.
- Callinicos, A. 2006b *The resources of critique* (Cambridge: Polity).
- Callinicos, A. y Nineham, C. 2007 "At an impasse? Anti-capitalism and the Social Forums today" en *International Socialism*, Vol. 2, Nº 115.
- Chomsky, N. y Achcar, G. 2007 *Perilous Power: The Middle East and US Foreign Policy* (Londres: Penguin).
- Cockburn, P. 2008a "Who is whose enemy?" en *London Review of Books*, 6 de marzo.
- Cockburn, P. 2008b "Iran vs. America" en *London Review of Books*, 19 de junio.
- Cockburn, P. 2008c "América concedes" en *London Review of Books*, 18 de diciembre.
- Cohen, S.F. 2006 "The New American Cold War" en *The Nation*, 10 de julio.
En <www.thenation.com>.
- Cooper, H. 2008 "Russia steps up its push; west faces tough choices" en *New York Times*, 11 de agosto.
- Departamento de Defensa 2006 *Quadrennial Defense Review Report* en <www.defenselink.mil> 6 de febrero.
- Dooley, M. et al. 2004 "The revived Bretton Woods system" en *International Journal of Finance and Economics*, Vol. 9.
- Duménil, G. y Levy, D. 2004 "Neo-liberal income trends" en *New Left Review*, Vol. 11, Nº 30.
- Dyer, G. 2008a "Growth in Chinese forex reserves slows" en *Financial Times*, 14 de julio.
- Dyer, G. 2008b "Stirrings in the suburbs" en *Financial Times*, 20 de julio.
- Emmott, B. 2008 *Rivals* (Londres: Houghton Mifflin Harcourt).
- Financial Times* 2005 "Textile production moves away from China as taste for fast fashion grows", 30 de agosto.
- Financial Times* 2007 "Post-Wolfowitz planning begins", 19 de mayo.
- FMI-Fondo Monetario Internacional 2008 "World Economic Outlook", abril.
En <www.imf.org>.
- Frankel, J. 2008 "The euro could surpass the dollar within ten years" en <www.voxeu.org>, 18 de marzo.

- Freedman, L. 2008 *A choice of enemies: America confronts the Middle East* (Londres: W&N).
- Freeman, A. 2004 "The inequality of nations" en Kagarlitsky, B. y Freeman, A. (eds.) *The politics of empire: globalisation in crisis* (Londres: Pluto Press).
- Friedman, G. 2004 *America's secret war* (Londres: Little, Brown Book Group).
- Friedman, G. 2008 "Georgia and Kosovo: a single intertwined crisis", 25 de agosto; "The Medvedev doctrine and American strategy", 2 de septiembre. En <www.stratfor.com>.
- Friedman, T. 2005 *The world is flat: a brief history of the twenty-first century* (Londres: Farrar, Straus and Giroux).
- Fromkin, D. 1991 *A peace to end all peace: the fall of the Ottoman Empire and the creation of the modern Middle East* (Londres: Holt Paperbacks).
- Gaddis, J.L. 1982 *Strategies of containment: a critical appraisal of postwar American National Security* (Oxford: Oxford University Press).
- Giles, C. 2006 "Warning over cost benefits of emerging economies" en *Financial Times*, 3 de octubre.
- Gordon, M.R. 1997 "Anatomy of a misunderstanding" en *New York Times*, 25 de mayo.
- Gowan, P. 1999 *The global gamble: Washington's Faustian bid for world dominance* (Londres: Verso).
- Gowan, P. 2000 "The Euro-Atlantic origins of NATO's attack on Yugoslavia" en Ali, T. (ed.) *Masters of the Universe: NATO's Balkan Crusade* (Londres: Verso).
- Gowan, P. 2003 "US: UN" en *New Left Review*, Vol. 11, Nº 24.
- Gramsci, A. 1995 *Further selections from the prison notebooks* (Londres: Boothman).
- Guha K. et al. 2006 "Middle America misses out on benefits of growth" en *Financial Times*, 1 de noviembre.
- Harman, C. 2007 "The rate of profit and the world today" en *International Socialism*, Vol. 2, Nº 115.
- Harman, C. 2008 "Theorizing neoliberalism" en *International Socialism*, Vol. 2, Nº 117.
- Harris, N. 1978 *The mandate of heaven* (Londres: Quartet Books).
- Hart-Landsberg, M. y Burkett, P. 2005 *China and socialism: market reforms and class struggle* (Nueva York: Monthly Review Press).
- Harvey, D. 2003 *The new imperialism* (Oxford: Oxford University Press).
- Harvey, D. 2005 *A short history of neo-liberalism* (Oxford: Oxford University Press).
- Hay, C. 2005 "Globalization's impact on states" en Ravenhill, J. (ed.) *Global political economy* (Oxford: OUP Oxford).
- Haynes, M. 2007 "The return of Russian power?" en *International Socialism*, Vol. 2, Nº 116.
- Hore, C. 2004 "China's century?" en *International Socialism*, Vol. 2, Nº 103.
- Hung, Ho-Fung 2008 "Rise of China and the global overaccumulation crisis" en *Review of International Political Economy*, Nº 15.
- Ikenberry, G.J. 2001 *After Victory* (Princeton: Princeton University Press).
- Itoh, M. y Lapavistas, C. 1999 *Political economy of money and finance* (Londres: Palgrave Macmillan).
- Jameson, F. 1984 "Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism" en *New Left Review*, Vol. 1, Nº 146.
- Kaplinsky, R. 2005 *Globalization, poverty and inequality* (Cambridge: Polity).

- Keidel, A. 2007 "The limits of a smaller, poorer China" en *Financial Times*, 13 de noviembre.
- Kennedy, P.M. 1980 *The rise of the Anglo-German antagonism, 1860-1914* (Londres: Humanity Books).
- Kincaid, J.; Harman, Ch. y Moseley, F. 2008 *International Socialism*, Vol. 2, Nº 119.
- Kissinger, H. 1957 *A world restored* (Londres: Phoenix Press).
- Klein, N. 2007 *The shock doctrine* (Londres: Penguin).
- Kynge, J. y Roberts, D. 2003 "Cut-throat competitors" en *Financial Times*, 4 de febrero.
- Lawson, N. 1992 "The New Conservatism" y "The British Experiment" en *The view from No.11: memoirs of a tory radical* (Londres: Bantam Press). En <www.margareththatcher.org>.
- Lee, C.K. 2007 *Against the law: labor protests in China's Rustbelt and Sunbelt* (Berkeley, Los Angeles: University of California Press).
- Maddison, A. 2007 *Contours of the world economy, 1-2030 AD* (Oxford: Oxford University Press).
- Mann, J. 2004 *Rise of the Vulcans* (Nueva York: Viking Adult).
- Mc Cormack, G. 2004 "Remilitarizing Japan" en *New Left Review*, Vol. 11, Nº 29.
- McGregor, R. 2007 "China's unbalanced economy" en *Financial Times*, 21 de mayo.
- McNally, David 2007 "Artículo", Conferencia Materialismo Histórico, 10-11 de noviembre.
- Mearsheimer, J.J. y Walt, S.M. 2006 "The Israel lobby" en *London Review of Books*, 23 de marzo.
- Mearsheimer, J.J. y Walt, S.M. 2007 *The Israel lobby and US Foreign Policy* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux).
- Milanovic, B. 2005 *Worlds apart: measuring international and global inequality* (Princeton: Princeton University Press).
- Moravcsik, A. 1997 "Taking preferences seriously: a liberal theory of international politics" en *International Organization*, Nº 51.
- Münkler, H. 2007 *Empires* (Cambridge: Polity).
- Murphy, T. 2000 "Japan's economic crisis" en *New Left Review*, Vol. 11, Nº 1.
- Murphy, T. 2006 "East Asia's dollars" en *New Left Review*, Vol. 11, Nº 40, abril.
- Nye, J. 2002 *The paradox of American power: why the world's only superpower can't go it alone* (Oxford: Oxford University Press).
- Panitch, L. y Gindin, S. 2003 "Global capitalism and American empire" en Panitch, L. y Leys, C. (eds.) *Socialist Register 2004. The new imperial challenge* (Londres: Verso).
- Panitch, L. y Gindin, S. 2004 "Finance and American empire" en Panitch, L. y Leys, C. (eds.) *Socialist Register 2005. The empire reloaded* (Londres: Verso).
- Panitch, L. y Gindin, S. 2005 "Superintending global capital" en *New Left Review*, Vol. 11, Nº 35.
- Panitch, L. y Gindin, S. 2006 "Imperialism and global political economy; a reply to Alex Callinicos" en *International Socialism*, Vol. 2, Nº 109.
- Pape, A.R. 2005 "Soft balancing against the United States" en *International Security*, Vol. 30.
- Parboni, R. 1981 *The dollar and its rivals* (Londres: Verso).
- Paul, T.V. 2005 "Soft balancing in the age of US primacy", en *International Security*, Vol. 30.

CyE

Año III

Nº 5

Primer

Semestre

2011

- Priest, D. 2003 *The mission* (Nueva York: W.W. Norton & Company).
- Rees, J. 2006 *Imperialism and resistance* (Londres: Routledge).
- Rétort 2005 *Afflicted powers* (Londres: Verso).
- Rugman, A. 2005 "Globalization and regional international production" en Ravenhill, J. (ed.) *Global political economy* (Oxford: OUP Oxford).
- Schlesinger, S.C. 2003 *Act of Creation: the founding of the United Nations* (Boulder: Basic Books).
- Schwartz, H.M. 2000 *States versus markets: the emergence of a global economy* (Basingstoke: Palgrave Macmillan).
- Serfati, C. 2004 *Imperialisme et militarisme: l'actualité du XXIe siècle* (Lausana: Page Deux).
- Shlaim, A. 2001 *The iron wall* (Londres: Penguin).
- Turner, Graham 2008 *The credit crunch* (Londres: Pluto Press).
- Van de Hei, J. et al. 2006 "US, India seal nuclear deal" en *Washington Post*, 2 de marzo.
- Van der Pijl, K. 2006 *Global rivalries from the Cold War to Iraq* (Londres: Pluto Press).
- Wade, H.R. 2003 "The invisible hand of the American empire" en *Ethics and International Affairs*, Nº 17.
- Wade, R.H. 2007 "Globalization, growth, poverty, inequality, resentment, and imperialism" en Ravenhill, J. (ed.) *Global political economy* (Oxford: OUP Oxford).
- Wade, R.H. y Veneroso, R. 1998 "The East Asian crisis: the high debt model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex" en *New Left Review*, Vol. 1, Nº 228.
- Walker, R. y Buck, D. 2007 "The Chinese road" en *New Left Review*, Vol. 11, Nº 46.
- Waltz, K. 1993 "The emerging structure of international politics" en *International Security*, Nº 18.
- Waltz, K. 2000 "Structural realism after the Cold War" en *International Security*, Nº 25.
- Wolforth, W. 1999 "The stability of a unipolar world" en *International Security*, Nº 24.
- Wolfowitz, P. 1997 "Bridging centuries" en *The National Interest*, Vol. 47.
- Zakaria, F. 2008 *The post-American world* (Londres: W.W. Norton & Company).
- Zelikow, P. y Rice, C. 1997 *Germany unified and Europe transformed* (Cambridge: Harvard University Press).